MUNILIBRO 1



LIMA

Símbolos de la Ciudad de los Reyes

FERNANDO FLORES-ZÚÑIGA


Municipalidad de Lima

Fernando Flores-Zuñiga
es consultor, abogado por la Universiad Particular San Martín de Porres y Magíster en historía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Investigador archivístico de trayectoria en el estudio de Lima, ha publicado entre otras obras, *Haciendas y Pueblos de Lima*. *Historia del valle del Rímac* (Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2008, 2009, 2012 y 2015).

LIMA
Símbolos de la Ciudad de los Reyes




Municipalidad de Lima

LIMA Símbolos de la Ciudad de los Reyes
© Fernando Flores-Zúñiga
© Municipalidad Metropolitana de Lima
Gerente de Cultura: Mariella Pinto
Subgerente de Patrimonio Cultural, Artes Visuales, Museos y Bibliotecas: Vannesa Caro
Jefe de Biblioteca y Archivo Histórico: Sandro Covarrubias
Responsable de publicaciones: María del Carmen Arata

SIN VALOR COMERCIAL
Primera edición
Tiraje: 3.500 ejemplares
Diseño de portada, diagramación y edición de fotografía: Rocío Castillo y Gerardo Cristóbal
Corrección ortográfica y de estilo: Javier Flores Espinoza
Imágenes: Archivo Courret, Colección Juan Günther, David Pino y Blog Lima La Única, H. Andrés Herrera Cornejo, Luis Enrique Sifuentes, Pinacoteca de la Municipalidad de Lima
Foto de portada: Escudo de Lima en acuarela de Pancho Fierro
Imagen de la presentación: Paseo de los Alcaldes en acuarela de Pancho Fierro

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-18894
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma, sin autorización expresa del autor y de la Municipalidad de Lima.
Editado por:
Municipalidad Metropolitana de Lima
Jirón de la Unión 300
Lima Cercado
www.munilima.gob.pe

» ÍNDICE

Presentación **7**
Introducción: **Nuestra Lima prehispánica 9**
1 | SIMBOLOGÍA **12**
- Colores **12**
- El estandarte de la Ciudad de los Reyes **13**
- El escudo **19**
- Las coronas de los Reyes Magos **19**
- La estrella de Belén **20**
- Las aves **20**
- Las iniciales de los monarcas **22**
- La inscripción en latín **22**

2 | LIMA CUADRADA **25**
3 | TAULICHUSCO Y PIZARRO **25**
4 | EL DAMERO DE PIZARRO **29**
- Las cuadras y las manzanas **29**
- Los nombres de las calles **29**
- Casas, casonas y solares **34**
- Los balcones **35**
- Tipos de balcones **36**
- Iglesias **39**
- Vecinos y moradores **41**
- Plazas y mercados **42**

5 | LA MURALLA **47**
- Diámetro **47**
- Cantidad de baluartes **48**
- Puertas y portadas **50**
- Historia de la muralla **53**
- Significado simbólico **56**

6 | EL CERRO SAN CRISTÓBAL **57**
- Historia de un accidente geográfico **58**

7 | EL RÍO HABLADOR **64**
8 | EL PUENTE **67**
9 | LA ALAMEDA **69**
10 | EL PASEO DE AGUAS **72**
11 | ACEQUIAS DE LIMA **73**



» PRESENTACIÓN

La Municipalidad de Lima inicia un proyecto editorial dirigido a conocer y reconocer nuestra ciudad y su legado histórico y cultural, con la serie MUNILIBRO y su primer número titulado LIMA Símbolos de la Ciudad de los Reyes, de Fernando Flores-Zúñiga.

La milenaria ciudad de Lima, cuyo centro histórico fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1991, es un espacio donde convergen múltiples tradiciones. Cada calle, puente, iglesia y monumento es un hito. Tanto los accidentes geográficos que la enmarcan, como su historia, desde la vida prehispánica hasta la republicana, pasando por la virreinal, la han distinguido de una manera singular y determinante.

Es nuestra intención contribuir con la puesta en valor de los símbolos que hacen de Lima uno de los espacios más significativos del Perú. A lo largo del libro sabremos el porqué de sus colores emblemáticos, los significados del estandarte y de la bandera de Lima, y cómo se fue forjando la ciudad que hoy conocemos. Igualmente podremos descubrir quiénes fueron los personajes que la fundaron y la condujeron desde sus inicios.

Para una ciudad como la nuestra, de larga y compleja historia, es de suma importancia rescatar para la memoria colectiva los lugares simbólicos, su patrimonio cultural y todo lo que contribuya a consolidar su identidad.

Hoy entregamos a los ciudadanos el Munilibro 1. Cada uno de los próximos números de esta colección contará historias diferentes que nos mostrarán una ciudad rica en testimonios y en anécdotas, una Lima de la cual podemos sentirnos orgullosos.

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima



» Vista aérea de Pachacamac, 1943.

» INTRODUCCIÓN

Nuestra Lima prehispánica

Lima, la ancestral Lima, cuenta con milenios de existencia como un conjunto civilizado. Sus orígenes están en lugares arqueológicos tan destacados como Garagay, en San Martín de Porres, o en las etapas más tempranas de Maranga, de una antigüedad de 2 500 años, aproximadamente.

Con el paso de los siglos, la civilización fue ganando terreno en el gran valle de Lima forjando sociedades agrarias muy comprometidas con la ecología, y cuyos elementos constitutivos y fundamentales fueron la tapia y el adobe, las aguas de regadío y el policultivo de plantas alimenticias y utilitarias, junto con la tarea pesquera, médula de la alimentación de quienes forjaron la cultura en la costa central andina. El escenario de este progreso fueron los conocidos valles de los ríos Chillón o Carabayllo, Rímac y Lurín o Pachacamac.

Hacia mediados del primer milenio después de Cristo surge Pachacamac, gigantesco santuario que congregaba a las sociedades de todos los puntos de la costa y de la sierra.

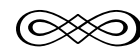
La adoración del dios Pachacamac fue también adoptada por los incas, que construyeron Armatambo (en el Morro Solar) y adaptaron lugares de la cultura *lima* o *maranga* y de la época *Ichsma* tales como Pucllana, Limatambo (Miraflores, San Isidro, Lince, La Victoria y San Borja), Mateo Salado (Chaya Cala para la arqueología, Cercado, Breña y Pueblo Libre para nuestra realidad actual), Maranga misma y Makatampu (ya desaparecido y que se ubicaba en la avenida

Argentina). Y, de oeste a este: Chinchaytampu (los Barrios Altos tradicionales en su punto central de la plaza Italia), Ate-Puruchuco y Cajamarquilla.

En suma, debemos tener en cuenta que nuestra capital fue un espacio civilizado cuya existencia giraba en torno a la actividad agrícola, el mar y la armonía que se guardaba con el entorno natural.

Tras aquellos milenios transcurridos llegó enero de 1535, cuando los españoles fundaron, en este valle de Lima o Limaj, la Ciudad de los Reyes del Perú.

Desde 1535, la construcción levantada por todas las generaciones de nuestros ancestros prehispánicos fue enriquecida por el mestizaje, que es nuestra identidad y razón de ser como nación y sociedad.





» Huaca Tres Palos en toma aérea de 1965. Restos de la civilización agraria lima o maranga.

1 | SIMBOLOGÍA

Una vez fundada la Ciudad de los Reyes del Perú el 18 de enero de 1535, el antiguo mundo de nuestros antepasados entró en el universo cultural de Occidente, al que pertenecía España. De hecho, España formaba parte de un imperio mundial cuyos soberanos integraban familias muy poderosas, como la de los apellidados Habsburgo. Por aquella época, el rey y emperador de este gigantesco imperio era Carlos Quinto (o Carlos V).

Los símbolos de su poder tenían que hacerse notar en escudos y emblemas diversos que demostraban su dominio sobre las ciudades que sus súbditos españoles fundaron en el Nuevo Mundo, nuestra América, y Lima, que fue una de dichas ciudades. Lima llegó a ser la capital o el centro principal del poderío imperial de los Habsburgo en el continente sudamericano hasta comienzos de 1800 o el siglo XIX, tiempo de la independencia y del surgimiento del Perú como la república que ahora es.

Los colores, los emblemas y las distintas figuras que se presentan como la simbología o conjunto de símbolos de la Ciudad de los Reyes del Perú serán explicados enseguida, para que conozcamos la importancia que tuvo nuestra ciudad en la historia del mundo por varios siglos.

COLORES

Según ha dicho el genealogista catalán Armand de Fluviá, los colores dorado y azul añil (que son los colores emblemáticos de nuestra capital) simbolizan a las familias reales de España en la época de la fundación de la Ciudad de los Reyes del Perú: el dorado para la casa de los llamados Trastámara (la de los Reyes Católicos Fernando e Isabel, que financiaron el descubrimiento de América por Cristóbal Colón); y el azul añil para los Habsburgo (familia a la que pertenecía por su lado paterno el emperador Carlos Quinto).

EL ESTANDARTE DE LA CIUDAD DE LOS REYES

El estandarte es una especie de bandera dispuesta en forma de rombo. Podemos imaginarlo como un escudo de tela sostenido por una asta, en cuya superficie precisamente van impregnados los colores y los demás elementos de la simbología limeña que dentro de poco se describirán.

El historiador de Lima Juan Bromley menciona que el estandarte de la Ciudad de Lima fue presentado la noche del 12 de julio de 1821, cuando el general José de San Martín ingresó a Lima por la portada de Juan Simón (de la que se hablará en las siguientes páginas de este libro) de manera discreta y silenciosa, pero en pocas horas se esparció el rumor de su presencia que al final fue confirmado por la incontenible curiosidad limeña.

Casi al instante concurrieron muchas personas notables a darle vivas como bienvenida informal; y, al mismo tiempo, miembros del gobierno provisional le solicitaban que se hiciese cargo de la difícil situación en que se hallaba la capital, amenazada por montoneros y demás elementos peligrosos a ojos de los buenos vecinos locales.

En adelante, el militar rioplatense se hizo el centro de la afectación ceremonial tan típica del carácter limeño. Entre "besamanos", firmas de actas y proclamas ilustradas trascurrieron los días hasta la solemne proclamación de la independencia del Perú entero, el sábado 28 de julio de 1821.

Todo aquel aparato simbólico no era sino la continuación ineludible de una tradición virreinal, antes consagrada a la corona y sus representantes. Pero estas tierras ya habían dejado de formar parte del reino de España, aunque esta idea aún no cuajaba en la mentalidad colectiva de los habi-

tantes de la vieja Ciudad de los Reyes del Perú, la que fue muy pronto renombrada Ciudad de los Libres por el propio general San Martín.

Todo esto obligó a tener que confeccionar símbolos que demostrasen que la emergente nación peruana era precisamente eso: libre. Y uno de estos símbolos fue cierto pendón que tomaba el modelo de la bandera y el escudo recientemente creados, pero asumía en sus aspectos formales características similares a las del pendón real, usado en los siglos anteriores. La presentación de aquel emblema de Lima se hizo en el cabildo de la ciudad, en un marco ceremonial fastuoso en los términos que solo en una capital de reino venida a menos, como lo era la Lima de entonces, podía darse lugar.

Luego, los estandartes tanto patrio como cívico (es decir lo relativo a la ciudad que proclamaba su libertad), fueron paseados entre calles y de plaza en plaza, acompasando el mensaje sencillo que el militar recién llegado quería transmitir a las gentes, también sencillas, que lo oyeron y presenciaron.

Pero la pompa y la circunstancia de quienes querían realzar a su modo este momento histórico opacaban el espíritu democrático que el general San Martín deseaba imprimir a la ocasión.

Como contagiado por tanta solemnidad, San Martín pronto se mostró muy interesado en obtener el antiguo pendón o estandarte llamado por aquel entonces “de la Conquista”. Y, según cuenta él mismo en sus memorias, hizo las más esforzadas búsquedas para hallarlo, aunque sin éxito en un principio.

Pasado algún tiempo, un informante anónimo le aseguró que dicho Estandarte Real se encontraba en posesión de cierto marqués que lo había ocultado en su casa hacienda de Pisco. Sin más demora, San Martín envió a un oficial a recuperar el estandarte. El Estandarte Real era un emblema común en los dominios de España, y era paseado y exaltado en diversas circunstancias. Representaba el poder real y servía de insignia para que los pueblos manifestasen su lealtad a la corona.

En este sentido, el Estandarte, símbolo del poder real, llegó a ser, en los momentos claves de la independencia, un símbolo de la tiranía que había que combatir.

El Estandarte Real de la Ciudad de los Reyes llevaba en una de sus caras las armas de Castilla y de León, emblemas de la realeza española que incluso se habían usado en los mástiles de las carabelas que descubrieron el Nuevo Mundo, y en la otra cara llevaba el escudo de la Ciudad de los Reyes otorgado por el Emperador Carlos V y su madre, la reina Juana, el 7 de diciembre de 1537.

Según Torres Saldamando, el Estandarte medía “dos varas quince pulgadas de largo y dos varas dos pulgadas de ancho, de color caña y forro amarillo, con un escudo de armas en el centro celeste y con bordadura carmesí”.

Esto es, aproximadamente, dos metros de largo y 1 metro 90 de ancho: una cosa muy respetable, ciertamente.

La ceremonia del paseo del Estandarte fue iniciada posiblemente por Diego de Almagro, el Mozo, y sus hombres tras el asesinato de Francisco Pizarro, en junio de 1541. Ello se dio con el objetivo de justificar su asalto al poder y manifestar con este acto que se sometían y ratificaban su lealtad a la corona real. Esto comprueba la importancia que entonces se otorgaba a este símbolo.

Años después, en 1545, en plenas guerras civiles entre los encomenderos, sucedió un hecho curioso relacionado con el Estandarte: Francisco de Carbajal, el Demonio de los Andes, según los cronistas Pedro Pizarro y El Palentino, hizo quitar las armas reales del paño del Estandarte para poner en su lugar las de Gonzalo Pizarro, “que era una corona encima de una P”, y las armas reales fueron echadas en un brasero cercano para exhibir de inmediato un estandarte modificado ante la multitud congregada en la entonces terrosa y lodosa Plaza de Armas.

Al ver esto, un paje del citado Gonzalo Pizarro corrió y retiró las armas reales del brasero y, tras apagar el fuego, las guardó. Al volver Francisco de Carbajal y no hallar las armas quemadas en el brasero, se encolerizó y sacó al paje a la plaza para hacerlo ahorcar, pero este fue salvado por su amo Gonzalo Pizarro y solo se le condenó a seis años en las galeras. Nuevamente vemos lo importante que era este Estandarte dada su trascendencia moral y política.

Posteriormente, en 1573, el virrey Toledo estableció una modificación en la insignia, disponiendo que debía tener "por un lado la imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado, y debajo las armas de Castilla y de León; y del otro lado, al bienaventurado arcángel San Miguel (declarado protector de la Ciudad), y debajo las armas de la Ciudad de los Reyes".

Esta modificación tuvo corta vigencia, pues en una relación de 1602 ya no se habla de sus detalles y vigor legal.

En los primeros días de enero de cada año el Cabildo anunciaba la celebración de la ceremonia del paseo del Estandarte Real y designaba al regidor que por turno debía sacar la insignia. Luego, los días 4 y 5 de enero, por la mañana, el mismo Cabildo mandaba pregonar el paseo en los principales lugares de la ciudad, convocando a los vecinos para que acompañaran al pendón.

El día 5 por la mañana se reunían en el local del Cabildo los principales vecinos de la Ciudad de los Reyes, y, acompañados por músicos y una gran corte, se dirigían a la casa del Alférez Real que el año anterior había sacado el Pendón y se le había encargado custodiarlo.

De ahí regresaban al Cabildo, donde se rendía un breve homenaje al alférez cesante. Enseguida, el alcalde más antiguo —o el corregidor— cogía de ambas manos al nuevo Alférez Real y le tomaba juramento, por el cual este comprometía hasta su propia vida en defender el Estandarte Real.

Esta ceremonia fue modificada en 1608 por orden del virrey Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros.

En este caso, el alférez del año anterior era conducido a Palacio o Casas Reales, y quedaba ahí, con el Estandarte, acompañado de dos regidores mientras se iba a traer su sucesor. Después era el virrey, rodeado de la Real Audiencia, quien tomaba el respectivo juramento. Terminada la ceremonia, dicho gobernante, montado a caballo, se dirigía a la catedral con el alférez y todo su séquito.

Llegado el cortejo a la iglesia catedral, un clérigo tomaba el estandarte y lo colocaba sobre el altar mayor, hacia el lado del Evangelio, en compañía del flamante alférez, los alcaldes y algunos regidores. Colocada la insignia, regresaban alcaldes y regidores a los asientos designados para el Cabildo, pero el alférez quedaba arriba, junto al altar mayor, al mismo lado del Evangelio, sentado en una silla de terciopelo. Iniciada la misa, se colocaba el estandarte al centro.

Concluida la liturgia, volvían los alcaldes y los regidores al altar mayor y descendían con el alférez y el estandarte. El cortejo, saliendo de la catedral, regresaba a las Casas Reales, donde quedaba el virrey, y el alférez era llevado a su propia casa.

El 6 de enero se repetía la misma ceremonia. Esta se realizó, en fiel secuencia tradicional, los días 5 y 6 de enero de cada año hasta el fin de la era virreinal.

El Estandarte Real era sacado también en otras oportunidades festivas o políticamente importantes como las procesiones del Corpus Christi, la de la Veracruz, el día de Santa Rosa de Lima, la proclamación de un nuevo soberano, o el arribo de un virrey o un arzobispo, por ejemplo.

En dicha ocasión, a diferencia de las anteriores en las que solo se paseaba el pendón real, se batía el estandarte ante el cuadro o imagen pintada del recién coronado, como quedó registrado en un documento relativo a la proclamación de Felipe V.

Cuando terminaron los tiempos de algarabías barrocas con el triunfo de los insurgentes comandados por San Martín, surgió la duda acerca de si el estandarte recuperado por este era genuino o no.

Y de aquí parte un error histórico relacionado con el famoso Estandarte de la Ciudad de los Reyes del Perú. Las autoridades del Cabildo, mediante un documento, certificaron que este efectivamente era el Estandarte Real, "traído por Pizarro y símbolo de la tiranía y opresión en este pueblo".

En aquel momento se dijo que dicho emblema recuperado era el "Pendón de la Conquista" o el "Pendón de Pizarro", un elemento completamente diferente en su diseño y significado. Finalmente, el Cabildo decidió en un Acta del 2 de abril de 1822 obsequiar a San Martín este estandarte en agradecimiento por liberarnos de la tiranía española. Esta fue una sabia transacción dadas las circunstancias y las necesidades reinantes.

El Estandarte que se llevó el general San Martín, y que él creía era el de Pizarro o de la Conquista, regresó a Lima, por voluntad expresa incluida en su testamento, en 1861.

Una vez traído de París fue depositado en uno de los salones del Ministerio de Relaciones Exteriores que funcionaba en Palacio de Gobierno. En este lapso Ricardo Palma tuvo la oportunidad de verlo y dejó en la tradición "El Conde de la Topada", la descripción del mismo.

Pocos años después estalló una revolución en Lima contra el presidente Juan Antonio Pezet, quien había suscrito con reprobación general el tratado Vivanco-Pareja, pretexto válido de la guerra que se emprendiera contra España en 1865. Tildado de traidor, el debilitado gobierno de Pezet sufrió la violencia popular desatada el 6 de noviembre de 1865.

Fue entonces que el pueblo ingresó a Palacio de Gobierno y, tras saquear oficinas y salones, llegó hasta donde se encontraba depositado el Estandarte Real de la Ciudad, que acabó despedazado, según cuenta Palma, muy posiblemente por alguien que vio en él la prueba con la que se acusaba a Pezet de entreguista con los españoles.

Y así pasaron las décadas, tiempos de desastre, ruina económica, pobreza y silencio, hasta el arribo del siglo XX al destino histórico de Lima.

En 1924, con ocasión de celebrarse el centenario de la batalla de Ayacucho, la entonces Municipalidad Provincial de Lima encargó la confección de una copia del Estandarte de la Ciudad, basándose en documentos antiguos y en los aportes de varios historiadores. Con algunos ligeros cambios respecto de la versión original, aquel añejo símbolo de nuestra ciudad fue exhibido en ciertas ceremonias públicas de especial significación cívica y religiosa.

Desde esos años del llamado "Oncenio" (es decir, los once años del segundo gobierno del presidente Augusto Bernardino Leguía), no ha dejado de exhibirse el estandarte de la ciudad, ya consagrado como emblema o bandera de Lima, con sus colores dorado y azul, colores de procedencia real, tanto castellana como austriaca.

Así de accidentada y pintoresca resulta ser la trayectoria de uno de los símbolos más importantes de Lima, ciudad que configura más bien una continuidad terca y entrañable en el tiempo.

EL ESCUDO

El elemento central del emblema limeño es el escudo de nuestra ciudad capital (usado durante todo el periodo virreinal y buena parte del republicano), que está rodeado por, e incluye a su vez, otros elemento secundarios pero muy importantes en la historia de nuestra ciudad, y en la del Perú por supuesto. Y son los siguientes:

Las coronas de los Reyes Magos

Que son tres para cada uno de ellos: Melchor, Gaspar y Baltazar. En realidad, la Ciudad de los Reyes del Perú, "la tres

veces coronada Lima”, fue fundada el 6 de enero de 1535 debido a que hasta 1582 rigió el calendario juliano (llamado así por el conquistador romano Julio César, quien lo instituyó en el año 46 antes de Cristo), el cual estaba atrasado entre 11 y 12 días respecto del actual calendario gregoriano (llamado así por el papa Gregorio XIII).

En consecuencia, dicha fundación de acuerdo al calendario moderno, cae el día 18. Aun así, la fecha original quedó en la memoria histórica como la de la fundación de nuestra capital, y en el almanaque católico es denominada “Epifanía” o “Bajada de Reyes”.

La estrella de Belén

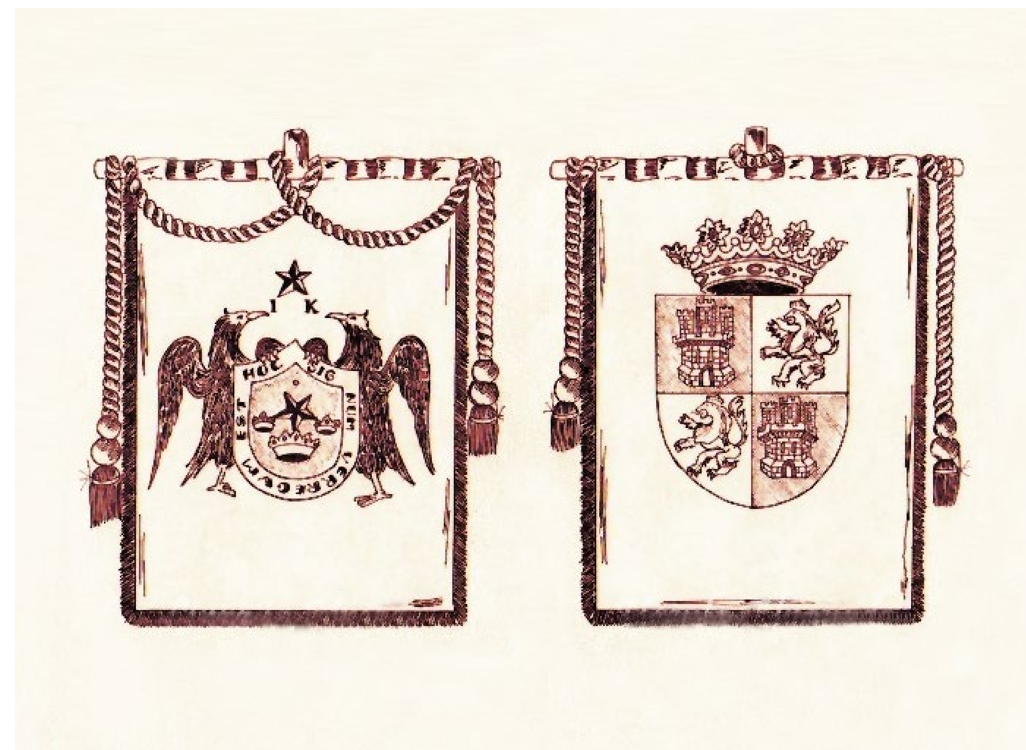
Por supuesto que se trata de otro de los elementos tradicionales de la adoración de los Reyes Magos al Niño Jesús: la estrella que los guió hasta él y sus padres para rendirle homenaje. No pudo haber mejor idea que la de añadir este elemento sagrado y religioso a la simbología de Lima.

Tanto las coronas como la estrella figuran en la superficie interior del escudo (llamada “campo” por los heraldistas o especialistas en la simbología genealógica) en color dorado.

Las aves

Son dos águilas coronadas: una por la mencionada casa Trastámara y la otra por la de los Habsburgo, las familias reinantes en la España de aquella lejana época. Ambas águilas se hallan en actitud rampante, es decir, están cogiéndose por las garras del borde del escudo de la ciudad. Una real cédula o suprema ley real del 7 de diciembre de 1537 las oficializó como elemento destacado del escudo de nuestra capital (ver la ilustración del escudo de Lima). Siguiendo a Emilio Harth Terré, las águilas fueron fusionadas en una sola ave bicéfala o de dos cabezas, símbolo heráldico de la dinastía Habsburgo, a la que, como sabemos pertenecía el emperador Carlos Quinto.

De todas maneras ambas versiones han sido aceptadas y mostradas como parte de la simbología limeña, además de las llaves de la ciudad, elemento muy usado a partir del siglo XVIII, tiempo del dominio de la casa de los monarcas Borbones, según el historiador Raúl Porras Barrenechea.



» El Estandarte de la Ciudad de los Reyes del Perú, acompañado del Estandarte Real que ostentaba como capital de los reinos y dominios españoles en Sudamérica.

Las iniciales de los monarcas
Es decir "I" y "K". En primer lugar, "I" corresponde a la inicial en latín (la lengua de los romanos) del nombre propio *Ioanna*, o sea Juana. Juana de Trastámara era la madre del conocido emperador Carlos Quinto, y hasta 1519 su título fue el de reina madre y regente del imperio. Su importancia entonces era grande como la "mamá" de todos los súbditos de tan extensos dominios.

Luego, "K" viene a ser la inicial también en latín del nombre *Karolus* o Carlos, es decir, el monarca Carlos Quinto (o Carlos V). Esto queda muy bien remarcado en las obras del padre jesuita Bernabé Cobo, cronista que aporta mucho al estudio de la época de la fundación de la Ciudad de los Reyes del Perú.

La inscripción en latín
Que dice: HOC.SIGNVM.VERE.REGVM.EST; o sea: "Esta es la verdadera imagen de los reyes", es decir, el conjunto simbólico que figura en el escudo de armas de nuestra ciudad.

El cronista fray Antonio de la Calancha atribuye este lema a Alfonso IV, rey de León, quien en 1190 lo mostró a los moros durante una de las tantas batallas que se libraron durante la guerra de la reconquista de España. Como sea, el poderoso Carlos Quinto lo usó como soberano de una de las ciudades más importantes y bellas de sus reinos americanos. La inscripción en latín bordea al escudo dando una impresión majestuosa y una noción contundente del poderío de los monarcas españoles de aquella época.

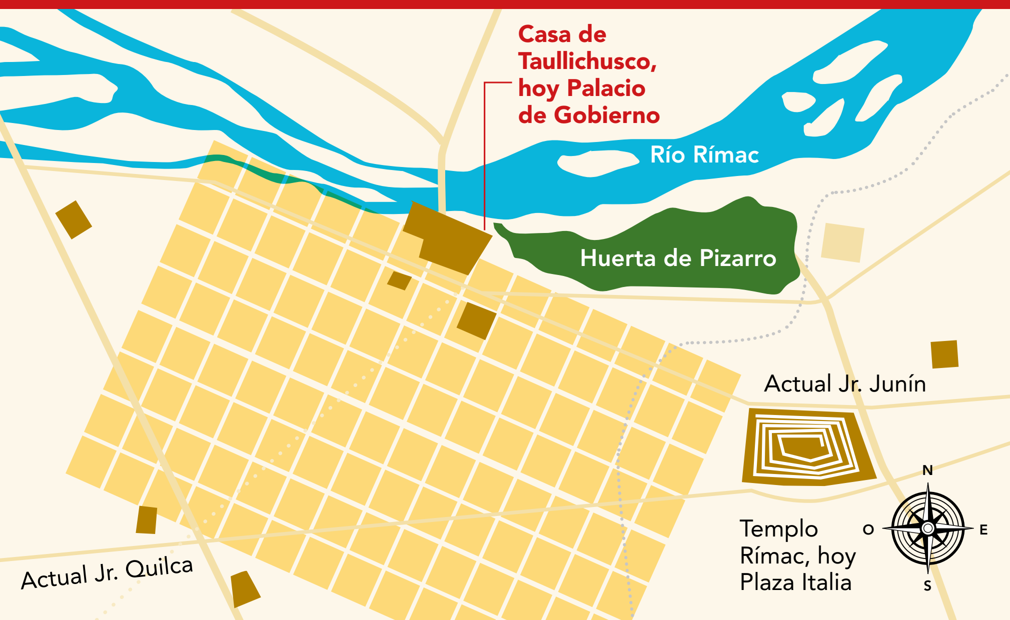
» Escudo de Lima, reproducido en la obra de Enrique Torres Saldamando, *Libro Primero de Cabildos de Lima* de 1900.



ESCUDO DE LA CIUDAD DE LIMA

CONFORME A LA REAL CÉDULA DE CONSECION

DE 7 DE DICIEMBRE DE 1537



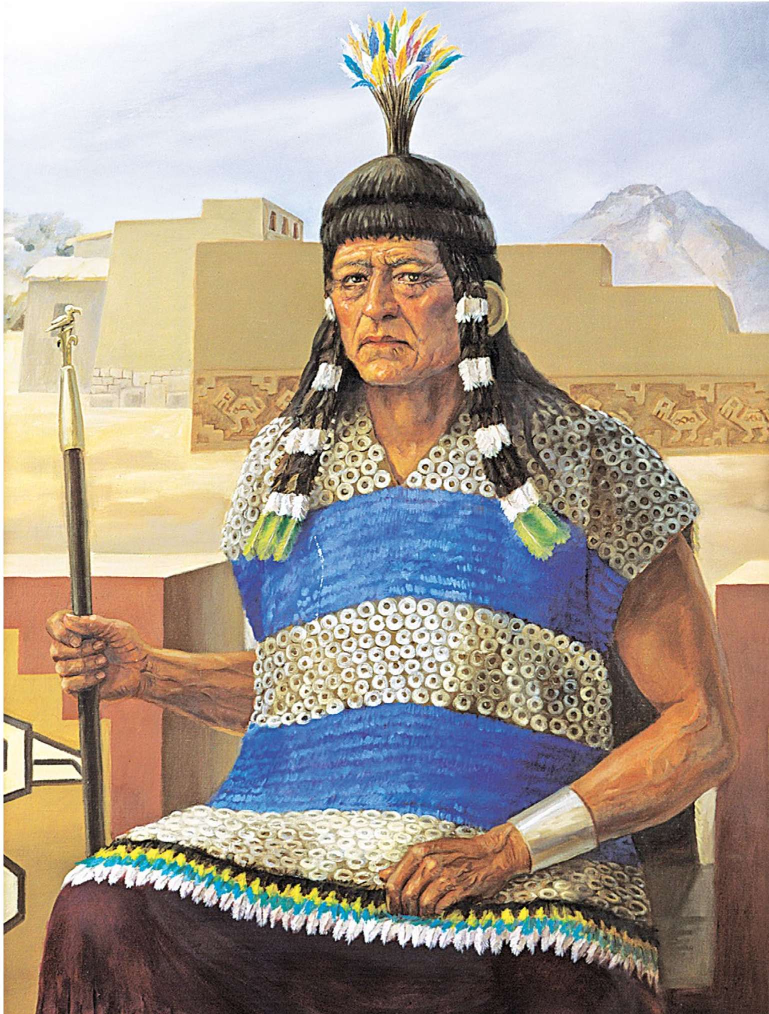
» Esquema del "damero de Pizarro" hacia 1535, al momento de la fundación de la Ciudad de los Reyes del Perú, según los estudios del arquitecto Juan Günther.

2 | LIMA CUADRADA

Nuestra capital fue trazada "a cordel", de acuerdo a lo cuentan varios cronistas e historiadores modernos como Raúl Porras Barrenechea, José de la Riva-Agüero y José Antonio del Busto. Es decir, que fue lotizada en porciones perfectamente cuadradas, a la manera de los campamentos militares romanos llamados *castra* o castros. Según los planos antiguos, se podía contar hasta 117 manzanas o cuadrados que conformaron el llamado casco urbano original de Lima. Quien hizo ese "damero" fue el capitán Diego de Agüero Garay, uno de los fundadores de la Ciudad de los Reyes junto con Pizarro, durante aquella Epifanía de 1535. Una manera de entender la ciudad se enfrentaba al milenario sistema agrario que, en el caso de nuestro valle, estaba representado por el curaca Taullichusco, el gran administrador de las aguas de Lima o *Limaj* ancestral.

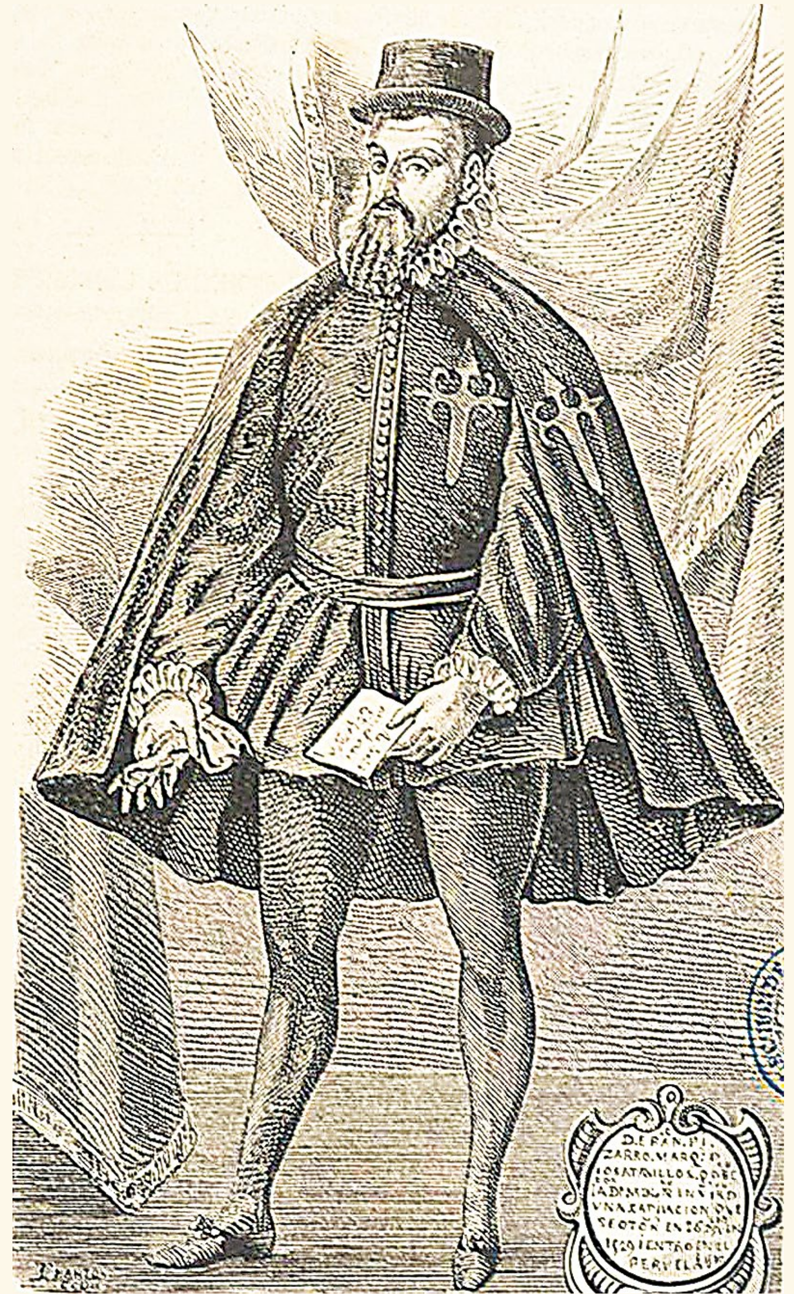
3 | TAULICHUSCO Y PIZARRO

Ambos personajes representan a los dos mundos que se encontraron en la explanada que sería adaptada como plaza de armas de la urbe fundada como Ciudad de los Reyes del Perú. Por un lado, el curaca llamado Taulichusco (término quechua compuesto que en castellano vendría a ser "cuatro pueblos" o "parcialidades", de acuerdo a los diccionarios escritos en el siglo XVII por el dominico fray Domingo de Santo Tomás y el jesuita Diego Gonzáles Holguín); y, por el otro, el gobernador Francisco Pizarro González, quien comandara la exploración del dorado reino de los incas y quien, sin proponérselo, se convertiría en el fundador de la nacionalidad mestiza que somos todos, y que se condensa en esta, nuestra capital del Rímac.



» El curaca Taulichusco, administrador de las aguas del valle de Limaj.

» Francisco Pizarro González, fundador de la Ciudad de los Reyes del Perú y gobernador de Nueva Castilla del Perú, nominado marqués de los Atavillos.



Taulichusco entendía el mundo como una armonización entre las necesidades de la gente y el respeto que se debe guardar por la ecología, por el medio ambiente que nos alimenta y que es nuestro hogar.

Pizarro encarnaba la voluntad del hombre occidental de imponerse a su entorno y colocarse bajo la protección de un dios universal, único e invisible que dirige el destino de los hombres, y que se había concretado en el poder de la corona imperial de la que los conquistadores venían a ser algo así como los dedos de un largo e imponente brazo político y militar.

El destino histórico de esos importantes padres fundadores de la limeñidad fue muy distinto. El curaca se subordinó al fundador y gobernador arrinconándose en pequeñas localidades como Chuntay (la hasta hoy parroquia de San Sebastián, sector oeste de nuestro centro histórico) y, finalmente, la Bendita Magdalena de Chacalea (capital y corazón histórico del distrito de Magdalena Vieja, popularmente conocido como Pueblo Libre), donde moriría rodeado de sus allegados y familiares entre 1562 y 1576, según se ve en su testamento, que consta en los archivos nacionales y que el historiador Guillermo Lohmann Villena tiene investigado en más de unos de sus artículos.

Por su parte, el fundador de la Ciudad de los Reyes, gobernador de la Nueva Castilla (que así se llamó originalmente el Perú), fue un poderoso señor que acabaría asesinado por sus propios compatriotas en junio de 1541, allí donde hasta pocos años antes residía Taulichusco, en la antigua huaca del curaca administrador de las acequias de Lima, luego residencia del fundador de la Ciudad de los Reyes del Perú.

4 | EL DAMERO DE PIZARRO

Esta es la manera más familiar o popular con que se ha llamado durante los últimos 60 o 70 años al centro histórico de Lima, la Lima o Ciudad de Los Reyes "cuadrada", y de cuyos detalles se encargarán los siguientes apartados de la presente parte de este libro.

LAS CUADRAS Y LAS MANZANAS

Cada manzana medía 100 metros por lado (llamado "cuadra") y su área estaba dividida en cuatro solares de 50 metros por lado. Cada "cuadra" formaba una calle o vía, que con el tiempo fue llamada de las maneras más pintorescas. El centro de la Lima cuadrada era la plaza mayor o de armas, lugar donde se reunían los vecinos en momentos de emergencia u ocasiones solemnes. Una horca fue levantada al lado sur de la plaza.

El lado norte de la plaza de la Ciudad de los Reyes estaba ocupado por la vivienda y centro administrativo del curaca que daba a la orilla del río. Allí los fundadores instalaron la casa del gobernador Pizarro, más tarde palacio virreinal, y mucho más tarde, nuestro tan familiar palacio de gobierno republicano.

El lado este daba cara a la cuadra de la manzana que ocupaba la iglesia catedral; mientras tanto, en el lado oeste, ocupado ancestralmente por una huaca, varias chacras y uno que otro corral de camélidos, se construyó el cabildo o municipalidad. Estos datos constan en diversos estudios realizados por importantes historiadores de Lima como Juan Bromley, José Barbagelata, Emilio Harth Terré y los recordados Juan Günther, arquitecto, y el doctor Guillermo Lohmann Villena.

LOS NOMBRES DE LAS CALLES

Entre manzana y manzana de la Lima cuadrada o "damero"

urbano trazado por los fundadores de la Ciudad de los Reyes del Perú, se formaban vías o calles (cuadras), que recibieron los sobrenombres más pintorescos.

Cronistas modernos y eternos tradicionistas como Manuel Atanasio Fuentes (1820-1888) y Ricardo Palma (1833-1919), encabezan una lista de expertos o peritos en los nombres de las añejas y perdurables calles de Lima.

Si tomamos como punto de partida y referencia la manzana de Palacio de Gobierno, yendo primero de oeste a este en dirección al Palacio Legislativo o Congreso de la República (y un poco más allá, inclusive), tendremos las calles que conforman el largo jirón Junín denominadas así: “Arzobispo” (por dar al ala norte del Palacio del Arzobispo de Lima, hoy, además, cardenal del Perú), “San José”, “Zárate”, “Inquisición” (donde estaba el local del Tribunal de la Santa Inquisición, en la actual plaza Bolívar o del Congreso), “Caridad” (debido a que sobre ella se ubicaba el hospital de Nuestra Señora de la Caridad, destinado para gente blanca y mestiza), “Moneda” (sobre la que se eleva el edificio de la Casa de Moneda de Lima desde 1765), “Descalzas”, de San José, cuyo convento estaba en dicha cuadra que da cara a la Plaza Italia, “Tres Cruces” (cuya esquina da a la citada Plaza Italia, ancestral huaca Santa Ana o Chinchaytampu), “Peña Horadada”, la tradicional piedra hueca a la que se atribuye el haber sido el “ídolo” Rímac, “Carmen alto”, “Carmen bajo”, etc.

Y, caminando de este a oeste, siempre partiendo de Palacio de Gobierno (recordemos: la ancestral casa de Taulichusco, antigua casa de Pizarro), “Ribera” o frente del palacio, “Correo” (donde se hallaba la sede del tradicional Correo Central de Lima), “Santo Domingo” (cuadra por excelencia del convento dominico de Nuestra Señora del Rosario), “Vera Cruz” o “Matavilela”, “Aumente”, “Santa Rosa de los Padres” (original vivienda de Santa Rosa de Lima) y “Pastrana”, todas las cuales forman el jirón Conde de Superunda o Lima.



» Plaza de Armas de Lima según dibujo de don Felipe Guamán Poma de Ayala. La horca de la ciudad destaca hacia el lado sur, delante del portal de Petateros.

Más entrañables apodos se suceden cuando recorremos jirones como Callao, antes "Mantas", sede de costureras, modistas y proveedores de géneros o mantas que hacían la indumentaria de tapadas, damas y caballeros de la vieja Lima; "Valladolid", cuyo nombre se debe a cierto fabricante de cera para velas apellidado así durante el siglo XVIII; "Mármol de Bronce", por la pileta de mármol que, con un caño de bronce, abastecía de agua a la población. En ella también se encontraba la Casa Barbieri, antigua residencia de los condes de Villar de Fuentes; "del Espíritu Santo", por el hospital del Espíritu Santo donde se atendían marineros o "mareantes" y que se construyó sobre esta calle en 1573; la tan tradicional "Del Arco", debido a la presencia eventual del arco triunfal que se construía en esta cuadra donde se celebraba la llegada y daba la bienvenida informal a los virreyes recién llegados; "La Milla" por ubicarse en esta calle la vivienda de don Baltazar de Lamilla y Bocángel, hacendado en el valle de Bocanegra hacia mediados del siglo XVIII; y "Monserrate", donde se instaló el Convento de Monserrate a inicios del siglo XVII, en donde pernoctaban los nuevos virreyes antes de entrar a la ciudad. Huallaga ("portal de Botoneros"), "Judíos", "Melchor Malo" (donde se ubicaba la casona de Melchor Malo de Molina, un rico entre los más ricos de la Lima del siglo XVII), "Virreyna", "Virreynita", "Compás de la Concepción", "Lechugal", etc. Jirón de la Unión, ("Mercaderes", "Espaderos", "La Merced", "Gurmendi o Baquíjano", "Boza", "Plazuela de San Diego" o "de la Micheo", "Belén", "Juan Simón"), Carabaya ("Ormeño", "Callejón del Pacae", "San Juan de Dios", "Encarnación", "Pando", "Divorciadas", "Filipinas",



» El sereno recorría las viejas calles de nuestra ciudad lanzando su pregón cada sesenta minutos, asegurando al vecindario que todo estaba en paz, que todo andaba "sereno" en medio de la oscura noche limeña. Un infantil Pancho Fierro lo retrató hacia 1812.

"Banco del Herrador", "Coca", "Bodegones", "Covachuelas de la catedral", "Pescadería"), Azángaro ("Aparicio", "Aldabas", "Beytia", "Gato", "Enfermería", "Negreyros", "Juan Pablo", "Huérfanos", "San Carlos", "Guadalupe") y avenidas como la actual Abancay ("Juan de la Cova", "Cascarilla", "Santa María"), Tacna ("Huevo", "Borriqueras") o Emancipación o jirón Cuzco ("Pregonería de San Marcelo", "Coliseo de Gallos", "Corcovado", "del Mascarón", "Mesa Redonda").

Esto, sin tomar en consideración vías tan olvidadas como excitantes en sus orígenes y funciones dentro de lo que significaba la Lima de huertas, la Lima entre rural y barrial de antaño: "Cascajal" (nada menos que la primera cuadra del Paseo de la República), "Sauce" (última del jirón Lampa), "Chirimoyo" (jirón Puno, cuadras 7, 8 y 9), "Acequia de Islas" (jirón Huánuco tercera), "Chicherías" (jirón Cañete, cuarta), "Alfareros" (jirón Quilca, cuarta cuadra), "Pampa de Leonas" (jirón Cajamarca, tercera), la ya citada calle "Lechugal", donde moraron tanto Bernardo O'Higgins —libertador de Chile— como el doctor Hipólito Unanue, prócer del Perú (jirón Huallaga, cuadra 7), "Chacarilla" (jirón Apurímac, cuarta) y "Del Puno" (jirón Ayacucho, tercera: vía sobre la que naciera Ricardo Palma, el padre de las Tradiciones Peruanas).

CASAS, CASONAS Y SOLARES

En la Lima antigua, la situación social de sus habitantes era notoria por el tamaño y calidad de sus viviendas. El horrible terremoto del 28 de octubre de 1746 trajo abajo a casi toda la ciudad, matando a 5 mil de sus ocupantes en contados minutos.

Solo quedaron en pie los cimientos de algunas de las construcciones que habían sido levantadas en el siglo XVII, después del sismo de 1687. Y a partir del tremendo sismo de 1746, Lima cambió de aspecto con edificaciones más sólidas y resistentes con los fuertes movimientos telúricos que la han torturado periódicamente desde tiempos inmemoriales.

Surgieron entonces las casas y mansiones o casonas hechas de adobe reforzado con bambúes o quinchas resistentes a la vibración sísmica. Las casonas eran como grandes arcas multifamiliares que, sin embargo, pertenecían a una sola y poderosa familia que poseía buena cantidad de esclavos, y que tenía parientes o allegados que llenaban sus ambientes amplios.

La casona estaba compuesta por una entrada o zaguán, un primer patio, una cuadra o salón grande y su comedor posterior, un corredor a los siguientes patios, habitaciones múltiples, un segundo piso que contenía también varias recámaras; y, tras los patios, que llegaban a ser hasta cinco, una huerta y un corral donde se criaban animales domésticos.

La casona era un universo aparte, donde se desenvolvía la vida cotidiana de los limeños de una manera tan original y misteriosa, que aquellos espacios remotos en el tiempo podrían imaginarse entre libertinos y conventuales: una combinación que el tradicionista Palma aprovechó al máximo con su pluma gloriosa.

La casona (y las casas en general de la Lima cuadrada) se hallaban contenidas en un solar que era la cuarta parte de la manzana ya antes explicada. Por regla y tradición, cada manzana (también llamada isla) constaba de cuatro solares: los cuatro cuartos de un cuadrado perfecto.

Dando cara a la calle, el aspecto de las viviendas de nuestra Lima añeja daban pobre o discreta impresión. Solo los balcones hablaban de una grandeza austera y venerable.

LOS BALCONES

Los balcones son, básicamente, miradores, sitios altos que brindan o dan ventaja a quien se coloca en ellos, respecto de los demás que transitan por la calle o algún ambiente interior.

Su origen es tema de discusión. Podemos ver en la ruinas de Pompeya (ciudad romana arruinada por la erupción del volcán Vesubio en el año 79 de nuestra era) más de un balcón "de ca-

jón" y terrazas bien dispuestas sobre la vía o calle. Pero es en el Medio Oriente, entre Rabat (Marruecos), El Cairo (Egipto) y Damasco (Siria), e incluso Bagdad, que hallamos los inicios más exquisitos del balcón en todas sus modalidades.

Fue entonces que este elemento decorativo y a la vez tan útil pasó a la península Ibérica bajo las formas estilizadas que solo en la Ciudad de los Reyes del Perú pudieron darse, a manera de resumen o condensación de una tradición milenaria que saltó el charco del Atlántico a lo largo de más de tres siglos de encuentro cultural y humano.

Tipos de balcones

Especialistas de Lima como Fuentes, Harth Terré, Benvenuto Murrieta o Günther hacen la siguiente clasificación típica o clásica, generalmente aceptada, de los balcones que existieron en la Ciudad de los Reyes y en la Lima republicana de los últimos casi dos siglos de su historia:

a. Balcones abiertos

Solo constaban de un antepecho elevado sobre la plataforma y carecían del cerramiento alzado entre el antepecho y la cubierta. Su altura era de una vara y cuarta (1 metro 30 centímetros aproximadamente), su anchura era suficientemente espaciosa como para que cupiera una silla dentro y en algunos casos se alzaba un guarda polvos de madera como protección de la lluvia, que en Lima es escasa pero igual de húmeda y molestosa y que cae en forma de garúa.



» Soberbios balcones mudéjares de cajón estilizados, adornando la fachada del palacio de los marqueses de Torre Tagle, según dibujo del viajero Pendergast, en 1855. Hoy en día, hacen lo propio con lo que es la Cancillería de la República.

b. **Balcones rasos**
En este caso el balcón no sobresale del muro de la fachada. Es como si este elemento se hallase incrustrado en el muro de la casa, dando la impresión de ser un ventanal de madera, con su antepecho de balaustres, lo que le otorgaba un aire de sobria dignidad señorial y mucha discreción.

c. **Balcones de cajón**
Surgen como una derivación externa de los corredores volados de madera alzados en los patios limeños, variando el modo de cerramiento (precisamente en forma de una caja o de cajón) en todo el frente visible. Se le atribuía la misma anchura que los corredores volados (o terraza, estructura abierta).

d. **Balcones largos de cajón**
Inicialmente aparecían como galerías corridas abiertas. En el siglo XVIII, la introducción de vitrales los transformó diferenciándolos en dos tipos: como balcones abiertos en las casas de múltiples usuarios, y como balcones de cajón corrido en las casas de un solo vecino. En los balcones de cajón anteriores al terremoto de 1687 se impondría la conformación de tres estratos superpuestos, adornados por celosías y mirillas que asimilaban elementos moriscos, sobre todo.

Los componentes de un balcón resultan también muy importantes y es bueno conocerlos, al menos en esta breve relación:

a. **Antepecho**
Compuesto básicamente de tableros cerrados o abiertos y también de alguna barrera de balaustres o jarrillas.

b. **Celosías**
O varillas de cedro entrecruzadas, conformadas a manera de mirillas.

c. **Balaustres**
Columnitas unidas con arquillos a manera de barrera, que significaba el alma misma del mirador o balcón.

d. **La plataforma del balcón**
Que era similar a la de los corredores y se formaba por cuartoncillos salientes del muro que sostenían una viga sobre la que se asentaban los soportes verticales de la cubierta.

La estructura básica del balcón limeño se mantuvo invariable a pesar de su evolución. El panel externo recubría la armadura estructural con el ensamblaje de trabajos de carpintería propios de la arquitectura virreinal peruana. Su utilidad se presta a las especulaciones más extravagantes. No solo servía de mirador discreto, sino hasta de retrete.

IGLESIAS

Las iglesias de Lima son la esencia misma de la manera de ser y del espíritu católico de la ciudad fundada por los castellanos en 1535. El templo más antiguo de esta ciudad no fue precisamente el que después sería consagrado como la "Catedral Iglesia Metropolitana" de Lima, sino una iglesita que se levanta hasta hoy sobre el jirón Trujillo, en su primera cuadra: la conocida como "Capilla del Puente".

Con los años, las diversas congregaciones religiosas llegadas a esta importante capital de "las Indias" fueron estableciéndose en conventos y monasterios que tuvieron por cabeza sus respectivos templos que han venido a convertirse en símbolos de Lima: los dominicos y su gran iglesia de Nuestra Señora del Rosario o de Santo Domingo; los mercedarios y su iglesia de la Merced, sobre el jirón de la Unión; los agustinos y su templo barroco que se eleva sobre el jirón Ica: la iglesia de San Agustín; los franciscanos y su descomunal templo y ciudadela de San Francisco de Jesús, junto con las capillas grandes de Nuestra Señora de la Soledad (incendiada en 2005) y de Nuestra Señora del Milagro (sobre el jirón Ancash); los jesuitas y su sagrado santuario de San Pablo, rebautizado hasta nuestros días como San Pedro, centro de



» Catedral de Lima mutilada por el cataclismo del 28 de octubre de 1746. Dentro del mismo conjunto, a la izquierda, el palacio arzobispal antiguo, al centro las escalinatas, a la derecha la calle Judíos (hoy segunda cuadra del jirón Huallaga) y la plaza de armas con transeúntes de la época.

poder espiritual, intelectual y económico hasta 1767, año de la expulsión masiva de los jesuitas; los carmelitas y su templo del Carmen. Otras iglesias realzan la prestancia religiosa de la vieja Ciudad de los Reyes del Perú: Jesús María y José, Nuestra Señora de la Limpia Concepción, Santa Ana, Nuestra Señora del Prado, Santo Cristo de las Maravillas, Santa Clara (de las hermanas clarisas), De la Buenamuerte, Nuestra Señora de Monserrate, Nuestra Señora del Patrocinio, Nuestra Señora de Copacabana, San Lázaro, San Lorenzo, Nuestra Señora de las Cabezas (en el barrio de los desaparecidos pescadores camaroneros de río), San Francisco de Paula y San Ildefonso, todos estos últimos situados en el barrio del Rímac, "bajo el puente" o la *chimba* de Lima, el lado opuesto a la orilla sur de dicho río.

Los conventos y las iglesias definieron en gran medida el destino histórico de nuestra ciudad, el estilo de vida de su gente y la historia misma del Perú. Su riqueza arquitectónica y artística pone a Lima a la altura de las principales capitales del mundo católico: Roma, Madrid, París. Los estilos barroco y neoclásico alcanzan su máxima expresión en las iglesias de Lima, la principal de las cuales, nuestra imponente catedral, fue reconstruida en 1801 y se conserva tal cual hasta nuestros días como muestra de una supremacía histórica que ninguna capital iberoamericana podrá arrebatar a la vieja Ciudad de los Reyes del Perú.

VECINOS Y MORADORES

La Ciudad de los Reyes del Perú tuvo 25 mil habitantes hacia 1613, si se atiende a las cifras del censo del escribano Miguel de Contreras; 60 mil para octubre de 1746, como lo tienen calculado Juan y Ulloa; unos 65 mil poco antes de acabar el siglo XVIII, al ver lo referido tanto por Llano Zapata como por el *Mercurio Peruano*; y como 100 mil de acuerdo al censo de 1940.

Respecto de sus habitantes y según lo ha dejado establecido José Antonio del Busto, los de la Ciudad de los Reyes estaban divididos en categorías. Al momento de fundarla, los primeros pobladores españoles se reclamaban beneméritos o merecedores por todo lo alto de ocupar la más alta jerarquía bajo el título de "vecinos": señores del suelo y de todo lo que creciere sobre su superficie: haciendas, ganados, esclavos, edificaciones, aguas corrientes, etc.

El vecino era miembro del cabildo, hombre de armas y autoridad moral de la flamante villa. Tenía derecho a levantar un solar dentro de las manzanas y muchos de ellos fueron famosos: Diego de Agüero, Jerónimo de Aliaga, Martín de Ampuero, Alonso de Riquelme, Nicolás de Ribera Gómez de la Reguera, entre otros.

Con el tiempo, nueva gente fue inmigrando al valle e incorporándose a la ciudad, pero ya no tanto como vecinos sino como "moradores", con casa pero sin mayores méritos como señores de tierras o ganados, menos como autoridades políticas. Muchos hicieron fortuna y adquirieron la categoría de vecinos, además de acceder al cabildo y de comprar tierras, esclavos y ganados.

Ya en el siglo XVII, a menos de un siglo de fundada esta capital, hombres emergentes como Melchor Malo de Molina, simbolizarían un nuevo tiempo para sus descendientes de los siguientes dos siglos, en que estos llegarían a ser condes, marqueses y gente de mucho influjo criollo hasta en la real audiencia de Lima.

Los vecinos y moradores son la semilla misma de la raza criolla limeña. Mezclando sus sangres con negros e indígenas construyeron nuestra raza y forjaron nuestra compleja manera de ser, original e irrepetible.

PLAZAS Y MERCADOS

Los espacios determinaron el estilo de vida y el temperamento de los habitantes de la Ciudad de los Reyes, de Lima como capital del Perú. Entre estos espacios destacan las plazas y plazuelas, explanadas unas veces amplias y otras veces más estrechas generalmente presididas por algún santuario o templo. Las plazas y plazuelas constituían el centro de los barrios existentes en la vieja ciudad. Podemos tomar como ejemplos los siguientes casos, quizá los más típicos históricamente hablando:

a. **La plaza de armas:** explanada fundacional de nuestra ciudad capital. Recinto donde se concentraron los espacios físicos del poder en el Perú a lo largo de los siglos. El poder temporal o político (palacio virreinal y luego presidencial o de gobierno); el poder espiritual (la iglesia catedral o "metro-



» Así de simple… en plena faena de venta en alguna plaza de Lima, según acuarela de Pancho Fierro.



» Plaza y mercado de la Inquisición por Juan Mauricio Rugendas, de abril de 1844. Un colorido y dinámico conjunto de gentes peruanas figuran en primer plano dentro de lo que ahora es la plaza Bolívar. Al fondo, la antigua sede de la Universidad de San Marcos, hoy Palacio Legislativo.

politana"); y el poder local o municipal (nuestro viejo cabildo, después municipalidad provincial y ahora metropolitana). Fue, además, plaza de toros durante los siglos XVI y XVII, mercado y lugar de ajusticiamiento durante el periodo de influencia tanto de la real audiencia de Lima como del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Es, en buena cuenta, la Plaza de Armas, el corazón físico e histórico de nuestra ciudad.

b. **Plazuela de Santa Ana,** cuyo punto principal era el templo del mismo nombre, ancestral sede de la gran huaca de Limaj o Rímac, el espíritu protector e inspirador de este valle prehispánico. Hoy en día viene a ser la Plaza Italia.

c. **Plazuela de San Pedro o San Pablo,** cuartel general de los jesuitas.

d. **Plazuela de San Francisco,** que da cara al inmenso complejo conventual franciscano de Lima.

e. **Plazuela de Santo Domingo,** en realidad dividida por el jirón conde de Superunda o Lima, explanada por excelencia del templo de Santo Domingo o de Nuestra Señora del Rosario.

f. **Plazuela de la Merced,** que se extiende a los pies del templo igualmente denominado.

g. **Plazuela de San Sebastián,** en el cuartel primero, que antecede a aquel antiquísimo templo a donde acudía a oir misa el mismo Taulichusco, ya bautizado como don Gonzalo.

h **Plazuela de San Marcelo.**

i. **Plazuela de San Agustín.**

j. **Plaza del Teatro o Corral de Comedias,** a espaldas del complejo conventual de San Agustín. Su referente era el viejo teatro de la ciudad, arcaico corral de comedias del tiempo virreinal: el ahora Teatro Segura.

k. **Plazuela de las Nazarenas.**

l. **Plaza de la Inquisición.**

m. **Plazuela de la Recoleta,** hoy Plaza Francia.

n. **Plazuela de la Salud,** escenario trágico de los fusilamientos

de ciudadanos limeños durante la ocupación chilena, que se halla entre los jirones Quilca y Rufino Torrico.

o. **Plaza Gastañeta,** la añeja plaza de María Escobar, a espaldas del actual Ministerio Publico o Fiscalía de la Nación.

p. **Plazuela de la Concepción.**

q. **Plazuela de Santa Catalina.**

Las plazas de Lima significaron espacios de intercambio comercial e interacción social. Mercados, abastos y centros de actividades múltiples (como lo fueron el mercado de la Aurora, en el cuartel primero y el del Baratillo, abajo el puente) funcionaron en sus entrañables alrededores, por donde pululaba el yanacona de chacra, el señor de tierras, el fraile y el clérigo, el escribano, el burócrata, el jurista, el catedrático, la enigmática y coqueta tapada, las amas de casa, ancianos, jóvenes y niños, mendigos y esclavos, todos elementos del conjunto limeño tan bien retratado en las acuarelas de Pancho Fierro, hacia inicios del siglo XIX.

En el caso limeño, las explanadas de la plaza o plazuela eran de forma cuadrada o rectangular, cuando no redondeada si es que se hallaban en la encrucijada de remotos caminos o bocacalles de la vieja ciudad, como sucedía con la mencionada Plazuela de la Salud. Invariablemente estaban rodeadas de casas, balcones y templos, y atravesadas por esta o aquella acequia.

5 | LA MURALLA

La muralla de la Ciudad de los Reyes era una pared que abrazaba a dicha capital para protegerla de eventuales invasiones terrestres de los piratas, o de sublevadas masas que asomaran por entre los cerros andinos con los que linda por el este. A continuación, se explicarán más ampliamente las características físicas, utilidad y, en general, su historia como uno de los símbolos olvidados y al fin rescatados de nuestra ciudad.

DIÁMETRO

De acuerdo a lo que se ha tomado de los Mugaburu (padre e hijo, los primeros cronistas periodísticos de Lima, que vivieron durante el siglo XVII) y otros historiadores de la capital, como Emilio Harth Terré, José Barbagelata o el arquitecto Reinhard Augustin, la muralla de Lima media once kilómetros redondos. Su forma es muy especial, muy criolla, o sea, no tiene una forma definible en términos convencionales, formales. Lo que sí se puede precisar, es que el diámetro de la vieja muralla de Lima, si era extendido, habría podido unir dicha ciudad con el Callao. Metros más, metros menos, son 11 kilómetros los que mide la actual avenida Colonial u Óscar R. Benavides: la antigua carretera de Lima al Callao que trazara e inaugurara en 1801 el virrey Ambrosio O'Higgins, de procedencia irlandesa, nada menos. Esta recta carretera se superpuso al ancestral camino de tapias, de remota antigüedad prehispánica, que medía algo muy parecido a lo que tenía de diámetro la muralla de la Ciudad de los Reyes del Perú.

Guillermo Lohmann Villena ha apodado "diadema" a esta especie de corona que ceñía a la capital peruana por sus cuatro puntos cardinales. Diadema que medía de altura, en sus mejores tiempos, entre 5 y 6 metros; y de espesor, hasta 3 metros.

Los baluartes alcanzaban similar altura a la de los telares o paredes componentes de aquella estructura, formidable para su tiempo.

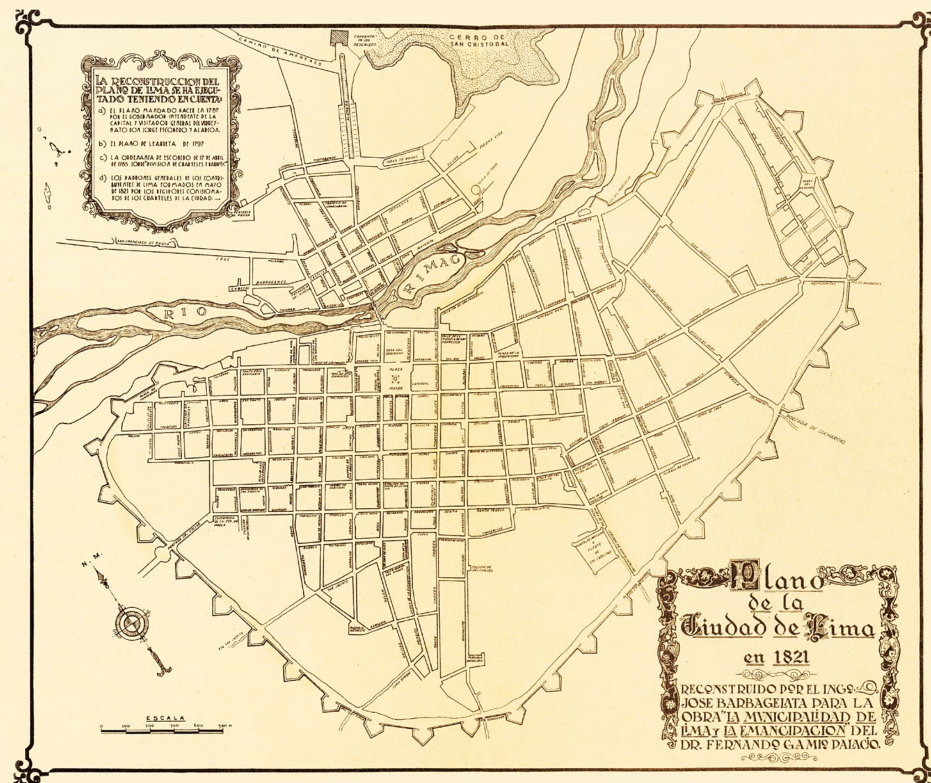
CANTIDAD DE BALUARTES

La muralla de Lima fue reforzada por 34 baluartes, es decir, torreones construidos en forma de diamantes puntiagudos de cinco lados (o pentágonos). Estas estructuras fueron construidas de canto rodado o piedra redonda —que abunda en el subsuelo como en las playas de la costa limeña—, amalgamada con clara de huevo de ave guanera, tortas de barro tapial y rocas de laja extraídas de los cerros vecinos.

Hacia inicios del siglo XVII, en 1618 para ser exactos, los padres de la Compañía de Jesús propusieron al virrey Príncipe de Esquilache construir de su cuenta un baluarte para preparar a la desnuda Ciudad de los Reyes contra la invasión del pirata neerlandés (o procedente de los Países Bajos) Spielberg. Y planificaron bautizar a este solitario fortín, "San Ignacio", en homenaje al fundador de la célebre compañía: San Ignacio de Loyola. Casi setenta años después, cuando por fin se concluyó la construcción de la muralla limeña, el baluarte que daba cara a los campos de este valle ocupados por la hacienda Santa Beatriz, sería informalmente llamado "De San Ignacio".

Pero este baluarte no fue el único que recibió un sobrenombre que perduró en la memoria colectiva. Durante el siglo XVIII el baluarte que se elevaba en el lado noroccidental de la ciudad, el lado del camino hacia el Callao, fue bautizado "De Monserrate", pues dicha parroquia y barrio cuyo centro era el santuario e iglesia de Nuestra Señora de Monserrate, daba a dicho baluarte.

El virrey José Fernando de Abascal y Souza (1806-1816), reforzaría los baluartes hacia 1810 dotándolos de mejores guarniciones de soldados y "bocas de fuego" o cañones; y reconstruyendo su estructura que, debido a los siglos de antigüedad, se hallaba carcomida o traída al suelo. La des-



» Lima, la Ciudad de los Libres, en 1821, año en que se declaró independiente de la corona española y de su real audiencia, en plano elaborado por Juan Bromley y publicado en la colección de planos de Lima editada por el arquitecto Juan Günther Doering (1983, plano número 8).

trucción y el abandono sería el destino final de aquellos diamantes puntiagudos de roca y barro que se mantuvieron en pie por más de 280 años de historia limeña.

PUERTAS Y PORTADAS

Estas fueron diez, según se puede recoger de diversos autores que estudiaron la muralla. Todas ellas daban acceso a la ciudad o permitían que los viajeros saliesen de ella. Las puertas eran de dimensiones e importancia secundarias respecto de las portadas, estructuras más respetables y estratégicamente abiertas entre los muros y baluartes de aquella "diadema" protectora de la Ciudad de los Reyes del Perú.

A diferencia de los baluartes, las puertas y portadas sí recibieron nombres, algunos de ellos sonoros y persistentes en la memoria colectiva limeña.

Primero enumeraremos las puertas, y estas eran tres:

a. **De Monserrate, también llamada Portachuelo.** Se proyectaba a lo que actualmente es la Plaza Castilla o Unión y los últimos metros de la avenida Alfonso Ugarte antes de ingresar al Puente del Ejército.
b. **De San Jacinto, que daba cara a lo que ahora es la avenida Alfonso Ugarte y la avenida Zorritos.** A través de ella, salía un ancestral camino hacia el Callao (el tradicional jirón Quilca).
c. **Del Martinete.** Debido a que el martinete de un molino se emplazaba en sus alrededores. Se trata de una abertura practicada prácticamente al borde de los contrafuertes construidos como parte del sistema de la muralla para defensa de los barrancos ante los desbordes del río Rímac. El jirón Amazonas recorre ese sector.

Y ahora, las portadas:

a. **Del Callao, la hoy Plaza Dos de Mayo.** Principalísimo acceso y salida de la capital.
b. **De Juan Simón.** Se dirigía hacia el suroeste, al viejo camino de la Magdalena. Su emplazamiento actual es la intersección entre el jirón Chota y la avenida Bolivia: el antiguo cuartel sexto de la ciudad. La antigua cárcel, así apodada, "Del Sexto" y el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, son las actuales guarniciones o "baluartes" del recuerdo de aquella desaparecida portada de Lima. Precisamente, el antes mencionado baluarte "De San Ignacio" se habría ubicado en sus alrededores y, de hecho, había sido construido bajo formas distintas a las planeadas por los jesuitas en los actuales espacios de la avenida Garcilaso de la Vega y el Paseo Colón o Nueve de Diciembre.
   El sobrenombre de aquella portada se debía a Juan Simón Cabezas, quien según nuestras investigaciones fue dueño de chacras y tierras en aquel sector de los alrededores agrarios de la Ciudad de los Reyes, hacia la segunda mitad del siglo XVII.
c. **De Guadalupe o Matamandinga.** Es la ahora plaza Grau. De esta portada partía el grandioso camino a Pachacámac, conocido durante el virreinato y tiempos posteriores como "callejones de Matamandinga", nada menos que la prolongación del ancestral *capac ñan* del extinto mundo andino.
   Su apodo se debía a que, a pocos metros del emplazamiento de la portada, se hallaba la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe y su respectiva plazuela: la actual ubicación del Palacio de Justicia, sede moderna del poder judicial republicano.
   El otro sobrenombre viene de una remota tradición de ajusticiar a esclavos negros cimarrones o prófugos a punta de flecha de saeta en los alrededores de aquella portada de Lima. Como a los esclavos se les conocía vulgarmente como "mandingos", se les asoció a las ejecuciones que, presuntamente, se efectuaron en esta zona prácticamente rural de la Ciudad de los Reyes del Perú.

d. **De Santa Catalina.** El convento y templo de las monjas de Santa Catalina de Siena (y el cuartel de artillería que databa de los años del citado virrey Abascal), daba renombre a esta portada, de donde partía un camino hacia sur y sureste: el valle de Huatica, y vigilaba el curso de la acequia del mismo nombre, también llamada "De la Ciudad".
El jirón Andahuaylas y la avenida Prolongación Nicolás de Piérola, en su intersección con la vía expresa Grau de nuestra realidad actual, constituyen el centro o columna vertebral de aquel viejo camino y alrededores de la vieja portada limeña.

e. **De Cocharcas.** Debe el nombre a que, a menos de cien metros de su ubicación, se hallaba el templo de Nuestra Señora de Cocharcas, erigido con el dinero de un indígena durante el siglo XVII. Esta portada daba cara al sureste del valle del Rímac y lanzaba hacia esa orientación a un camino histórico e importante por demás: el "Callejón de Surco" o el recto camino alto de Pachacamac, según José Antonio del Busto Duthurburu. Además, en esta portada se había instalado una garita de peaje donde se recibían las cantidades depositadas por impuestos de extracción de productos hacia las provincias del virreinato, como se puede comprobar en antiguos documentos contenidos en el Archivo General de la Nación.
El jirón Huánuco que atraviesa los barrios del Carmen y Santa Clara y se prolonga hacia los distritos actuales de La Victoria, San Luis, San Borja y Surco, pasaba por la venerable y extinta portada de Cocharcas, bajo cuyos dinteles el revolucionario Nicolás de Piérola cabalgó hacia su victoria y captura del poder, durante el verano de 1895.

f. **De Barbones.** En sus cercanías existía el convento de los monjes betlemitas, apodados "barbones" porque usaban larga y espesa barba. Otro importante camino se lanzaba hacia el montañoso este del valle del Rímac, desde esa portada. El antiguo cuartel de la Infantería del Ejército Peruano (la ya olvidada Base de Infantería 19) es conocido así justamente siguiendo la tradición del nombre de tan entrañable portada de Lima. La avenida Grau de siempre pasa por sus espacios desde hace muchos años hasta el día de hoy.

g. **De Maravillas.** Por esta portada partía, asimismo, un camino que se dirigía de lleno al oriente, pero a las alturas más lejanas de nuestros Andes... y más allá. El templo del Santo Cristo de las Maravillas marcaba la identidad de tan bella portada. El jirón Ancash de hoy pasa por sus remotos espacios, prolongándose en la avenida que da acceso a los tradicionales cementerios limeños del Presbítero Matías Maestro (hoy museo de sitio) y su frontero El Ángel.

HISTORIA DE LA MURALLA

La muralla de la Ciudad de los Reyes del Perú se empezó a construir en junio de 1684, como lo tiene datado Mugaburu, durante el gobierno del virrey duque de la Palata. Se comenzó su construcción colocando la primera piedra correspondiente "por el lado de Monserrate". Las obras fueron realizadas por presidiarios y esclavos prestados por los terratenientes y propietarios de las tierras circundantes a la capital.

Su costo habría ascendido a 300 mil pesos: una inversión fabulosa para la época y no era para menos, pues se trataba de proteger a la ciudad más importante de las Indias Occidentales, inclusive por encima de la de México.

El plano número 1 de la colección de *Planos de Lima*, editados por el arquitecto Juan Günther en 1983, deja ver una Lima desnuda, solo rodeada de bosques frutales y huertas de medianas dimensiones, apenas surcada por callejones y viaductos que se desprendían de su zona "cuadrada", el conocido "damero de Pizarro" que volvía la espalda a los barrancos del río y que se veía como asustada al encarar los cerros de San Bartolomé, potencial balcón donde los indios del alto Ande bien podrían asomarse para acabar de una buena vez con la capital de los invasores hispanos y sus descendientes.

Ya se dijo que, al tiempo de la amenaza planteada por la presencia de piratas neerlandeses en las costas del Perú —y especialmente en las de Lima—, se pensó en levantar un sistema defensivo de baluartes o fortalezas que sirvieran de barrera para una posible invasión terrestre de dichos piratas.

Hacia 1680, el sabio limeño Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides (1663-1743), puso sobre el escritorio virreinal un proyecto de fortaleza o capitolio militar que se habría levantado en las proximidades de la actual Plaza Francia y la avenida Garcilaso de la Vega: un formidable edificio hexagonal o de seis lados, reforzado por cuatro baluartes que habrían contenido buena dotación de artilleros y piezas de cañón, además de defensas inexpugnables que habrían detenido sin miramientos cualquier arremetida de los enemigos.

Este proyecto, según Lohmann Villena, le pareció demasiado caro y hasta fantástico a quienes por ese entonces tenían poder de decisión en la ciudad y el virreinato.

Finalmente, triunfaría el proyecto de rodear a la ciudad con un cinturón de piedra y adobe: las murallas con sus 34 baluartes, portadas y puertas que fueron abriéndose en el transcurso del tiempo hasta alcanzar el conocido número de diez.

Ninguna invasión terrestre tuvo lugar en los 280 años en que la muralla abrazó a la vieja Ciudad de los Reyes; Ciudad de los Libres al momento de la Independencia (en 1821) y en nuestro tiempo, Lima a secas.

Hubo de esperar a que la república se calmase y se consolidaran sus instituciones (al menos en las formas) y que emergiera el guano como fuente de fabulosas riquezas para el estado peruano, para que gente de afuera, con visión futurista, siquiera comenzara a insinuar la posibilidad de que las murallas fuesen derribadas y se liberase a Lima de aquel apretado y obsoleto cinturón, tras casi tres siglos de enclaustramiento.

Fue el empresario norteamericano Henry Meiggs (1811-1877) quien tuvo “ojos de ver” que, una vez derribadas las murallas, Lima se expandiría como nunca antes se había pensado. Entonces, a partir de 1869 y durante los siguientes cuatro años, se emprendió la demolición de aquella, supuestamente, tutelar estructura de la vieja capital del Rímac, empezando por su lado oeste, donde se trazaría el primer tramo de la llamada “Avenida de Circunvalación”, hoy avenida Alfonso Ugarte.

Esta avenida arborizada de álamos que le serviría de rodeo al casco urbano tradicional de la ciudad, incluía también el sector oriental de la muralla, lo que llegaría a ser la Alameda Grau; luego, avenida Grau y hoy la vía expresa Grau.

En el caso de la alameda occidental, el señor Meiggs hubo de adquirir buenos potreros o sectores cultivados de la Chacra Colorada y de las tierras de Juan Simón, comprándolos de sus dueños, las hermanas Herrera Sarria, entre 1873 y 1875, según está referido en nuestra obra sobre las haciendas del valle del Rímac.

Al pasar los años inmediatos, la vieja muralla limeña fue cayendo tramo a tramo. Para mediados de 1874, el sector que quedaba camino al Callao, ya convertido en sólida vía férrea, desapareció en beneficio de un hermoso ovalo rematado por el monumento al combate del Dos de Mayo de 1866: la actual plaza Dos de Mayo, que desde la década de 1920 se ve rodeada de un bellísimo conjunto arquitectónico bastante venido a menos durante las últimas cuatro décadas.

Lo mismo ocurrió con los sectores orientales de la muralla al concretarse, entre 1874 y 1875, el trazado de la mencionada Alameda Grau, dejando en pie tan solo las portadas de Cocharcas y Barbones, si bien no por mucho tiempo. Ya las portadas de Guadalupe o Matamandinga y de Santa Catalina habían sido sacrificadas a la obligada modernización de Lima. Tan solo la portada de Maravillas quedó en pie hasta iniciado el siglo XX, que fue cuando se la derribó.

Eso sí, más de un baluarte permaneció erguido en la zona extrema de los orientales Barrios Altos de Lima: Santiago del Cercado. Hasta la actualidad, únicamente resta el baluarte que se levanta terco al interior de una conocida instalación policial, a la vera de la vieja calle Conchucos (la añeja "Callancha" o calle ancha) o Los Incas, en el citado Santiago del Cercado.

SIGNIFICADO SIMBÓLICO

La muralla de Lima forma parte de las estructuras arquitectónicas históricas más importantes del mundo de la Edad Moderna. En el continente americano, puntos estratégicos como San Juan de Puerto Rico, La Habana, las ciudades vieja y nueva de Panamá o Cartagena de Indias, fueron dotadas de murallas y fortalezas. En el Perú, Trujillo gozaría asimismo de un redondo amurallamiento, pero sin las dimensiones ni importancia que tuvo la muralla de Lima, capital de un reino tan rico como el del Perú.

Los planos dejan ver que la muralla de Lima significó un santuario de civilización que se debatía armoniosa y pintorescamente entre lo agrario (huertas y jardines que existían al interior del casco urbano o rodeándolo como un verde cinturón) y lo urbano o barrial.

Fue esta combinación lo que hizo tan peculiar a Lima y que muestra su muralla como una estética isla en medio de una alfombra de fertilidad rural, que daba vida por medio de las acequias a los valles del Rímac: Surco-Ate, Huatica, Magdalena-Maranga-La Legua y de Bocanegra o del Callao.

La muralla de Lima es un emblema o símbolo de una capital del Perú esencialmente histórica, riquísima de contenidos culturales, arquitectónicos, geopolíticos y económicos.

6 | EL CERRO SAN CRISTÓBAL

El cerro San Cristóbal está ubicado entre los actuales distritos metropolitanos del Rímac y San Juan de Lurigancho. El nombre dado a este cerro data de fechas tan tempranas en la historia de nuestra ciudad como lo es 1535.

El San Cristóbal forma parte de los cerros aislados del sistema montañoso de la cordillera de los Andes, que en la antigüedad limeña virreinal y republicana dio en ser denominado "De San Bartolomé", sistema integrado, además, por cerros como el apodado "Partido", el "San Jerónimo", el "Coscaya" o "Quiroz" y el propiamente llamado "San Bartolomé". Considerado apu del valle del Rímac por sus ancestrales ocupantes, recibió su nombre cristiano del fundador de la Ciudad de los Reyes, Francisco Pizarro González.

El cerro San Cristóbal se alza 400 metros sobre el nivel del mar y facilita a sus visitantes la posibilidad de contemplar Lima desde una altura extraordinaria. Cuando el cielo limeño está despejado, se puede observar desde su cima las playas de Chorrillos y de La Punta, y las propias islas San Lorenzo y El Frontón: una vista panorámica realmente sobrecogedora.

Los alrededores del cerro San Cristóbal, en lo que toca al distrito del Rímac, permanecieron postrados en abandono durante años y el acceso a su cumbre significaba exponerse a diversos peligros, especialmente a los de la delincuencia. No fue sino hasta la década de 1990 que se empezó a recuperar la zona circundante, acondicionando las laderas con riego tecnificado; y, entre otras mejoras, se construyó en su cima un museo de sitio que es usado actualmente como mirador, pues se halla en condiciones de recibir turistas.

El museo de sitio del cerro San Cristóbal brinda una nutrida información, especialmente fotográfica, de la Lima tanto



» Toma del Cerro San Cristóbal en 1881, durante la ocupación chilena. Sus laderas lucen desérticas, bravías o vírgenes. Aun debería de transcurrir algo más de medio siglo para que fueran pobladas de la manera que nuestras actuales generaciones conocen y viven cotidianamente (Archivo Courret).

antigua como moderna; además, acerca de la historia del cerro mismo y de la cruz que corona su cima.

HISTORIA DE UN ACCIDENTE GEOGRÁFICO

A poco de fundarse la Ciudad de los Reyes, para entonces capital de la gobernación de Nueva Castilla del Pirú, otorgada a Francisco Pizarro, los castellanos colocaron una gran cruz de madera en la cúspide del cerro más próximo al espacio donde se fundara dicha villa española, sobre la que fuera la jurisdicción agrourbana del curaca Taulichusco.

Sin embargo, la historia de los alrededores del cerro San Cristóbal se pierde en los siglos prehispánicos. Lo que hallaron los fundadores de la villa española del Rímac, fueron, como los llamó María Rostworowski, "señoríos" de ayllus como los de Piedra Liza y Amancaes, unidos bajo la denominación común de Lima.

Estos eran liderados por clanes como los Chumbiray o Lipa, y estaban situados a medio camino hacia Rurinhuancho o Lurigancho, otro importante "señorío" del valle del Rímac. Zonas del actual distrito del Rímac conforman los espacios de aquellos antiguos dominios de la Lima ancestral.

Esta primera cruz del San Cristóbal fue destrozada por los seguidores de Manco Inca, soberano de Vilcabamba, durante el cerco de Lima realizado en 1536.

Fue por esos días que las fuerzas alto andinas, entusiasmadas por el avance relativamente fácil ante el repliegue practicado por los españoles, decidieron presentar combate por la Ciudad de los Reyes, que sus integrantes asumían como el valle o *llacta* de *Limaj* o *Rimaj*.

Según Pedro Pizarro, Jerez y otros cronistas como Cobo, los denominados "hanancuscos", quienes ya habían destacado en el sitio, comandaron el que querían tender a Lima bajo el comando de Titu Cusi o "Quizu" Yupanqui, representante militar incaico que marchó sobre las regiones chala y yunga que componen el litoral andino.

Impartida la orden de cerco y ataque sobre la frágil villa española del valle del Rímac por el mismo Manco Inca desde Ollantaytambo, partió de allí un ejército cusqueño con la misión de arrojar al mar a los españoles.

Mientras esto sucedía, era imperioso continuar con el cerco del Cusco, donde resistía Hernando Pizarro (hermano del

fundador de la Ciudad de los Reyes), con cerca de doscientos españoles reforzados con el concurso de indios chachapoyas (del actual departamento de Amazonas) y cañaris, procedentes de la ahora república del Ecuador.

Tras vencer resistencias iniciales por parte de los invasores hispanos y sus aliados andinos, las fuerzas cusqueñas descendieron a los llanos o zona costera, poniendo asedio a Lima, que era entonces una simple aldea construida por encima de los edificios de tapia y adobe, ocupados en el pasado inmediato por el curaca Taulichusco y sus dependientes o *runas* labradores y operarios de las acequias que daban vida al valle rimense.

Durante varios días, se libraron combates con un alto costo en vidas para ambos bandos: uno que defendía la frágil plaza, y el otro, pugnando por tomarla a sangre, fuego y piedra de porra.

Cuenta Cobo, aludiendo al ancestral camino entre Lima y el Callao y —al parecer— al sector del Carmen de la Legua, que"amanecieron los indios más cerca, en una tierra grande, que estaba de ellos cubierta, que cosa della al parecer no se divisaba, de donde quitaron e hicieron pedazos una cruz grande de madera que estaba puesta en lo alto del camino que va a la mar y al puerto"

Al parecer dueños ya de buena porción del valle del Rímac en su zona de Maranga, los atacantes altoandinos demostraron gran empuje en su avance. Pero los indígenas procedentes de Huaylas ya habían llegado para defender a sus aliados hispanos en el combate, que se libró en la zona baja del valle, y hasta en las mismas calles del poblado recién fundado. La lucha fue feroz, y perecieron los principales cusqueños que se hallaban al mando de las fuerzas incaicas.

Estas retrocedieron, aunque manteniendo el cerco desde las alturas abruptas que parecían abalanzarse sobre la indefensa villa, especialmente las cumbres del apu bautizado San Cristóbal por los castellanos.



» Lima, vista desde la cumbre del cerro San Cristóbal. Destacan la plaza de Acho y su vieja alameda, el río y el horizonte del desaparecido valle del Rímac. Vista de 1900 (Archivo Courret).

Poco después de romper el cerco de la Ciudad de los Reyes, se librarían las batallas de Pachacamac y de Puruchuco, con alto costo de vida para los hispanos, e incalculable número de pérdidas entre los indígenas aliados y esclavos negros; así como crecida cantidad de caballos caídos en la acción. De la sangrienta jornada de Puruchuco, la arqueología ya dio hacia 2001 con los hallazgos del equipo encabezado por el arqueólogo Guillermo Cock.

Una vez conjurado el peligro que amenazaba a la Ciudad de los Reyes con su destrucción, Francisco Pizarro dispuso que en la cumbre "se ponga otra cruz como la que los indios quitaron", de acuerdo a lo que dice el cronista Pedro Cieza de León.

La versión popular afirma que se bautizó al cerro que había servido de mirador y fuerte a las fuerzas de la resistencia incaica con el nombre de San Cristóbal de Licia, debido a que se logró hacerlos retroceder librando de su acecho a la villa el día asignado a este santo, quien fue el que llevó en sus hombros al Niño Jesús, según la tradición católica: antiguamente el 25 de julio; modernamente, 10 de julio para Roma, y 23 de febrero para la tradición griega u ortodoxa.

Esta versión popular es totalmente errónea, pues el cerco se realizó entre el 10 y el 26 de agosto de 1536.

No hay evidencias arqueológicas de algún culto prehispánico del cerro ahora conocido como San Cristóbal. Es posible, aunque no probable. Sin embargo, los ocupantes de la ya tardía y vecina Lima republicana hicieron suya la tradición de practicar el Vía Crucis, rememorando las estaciones que componen la Pasión de Cristo. Debe apuntarse que el párroco de San Lázaro, Francisco Aramburú, organizó en 1929 la primera peregrinación a la cruz del cerro San Cristóbal, que hasta el presente se realiza cada primer domingo de mayo.

Durante la época republicana que hasta ahora vivimos, se hicieron diversas propuestas para instalar un funicular que pudiera facilitar su ascenso. De hecho, hacia comienzos del siglo XX se elaboró el proyecto —que fue aprobado por el gobierno de José Pardo y Barreda (1904-1908)— que permitió construir la obra entre el Paseo de Aguas y la cima del cerro. Esta consistía en una especie de cuna metálica con capacidad para seis personas, que era jalada a polea entre las faldas del cerro y la superficie.

La inauguración de la cruz que corona la cumbre del San Cristóbal significó un importante acontecimiento que convocó a las principales autoridades políticas y religiosas de la nación. La ceremonia se realizó el 23 de diciembre de 1928 y fue encabezada por el propio presidente de la república, Augusto Bernardino Leguía Salcedo, secundado a su vez por el alcalde de Lima, Andrés Dasso; por el alcalde del distrito del Rímac, Juan Ríos Alvarado; y por el Nuncio Apostólico (embajador de la Santa Sede), monseñor Gaetano Cicognani, además de una nutrida concurrencia de fieles.

El cerro San Cristóbal es un icono de Lima, literalmente hablando. Ha figurado a lo largo del último siglo en cuanta postal, afiche o anuncio publicitario se ha hecho para promover la imagen de la capital del Perú.

Se le asocia a la tradición del Señor de los Milagros, a la feria taurina de octubre, al turrón de doña Pepa, al arroz con leche y a la mazamorra que se expende durante tan intenso mes limeño a sus pies y faldas, bien rematadas por esa cruz que, a falta de recursos o de voluntad oficial de pagarla al escultor que la diseñó y fabricó, fue finalmente subvencionada por los propios fieles, por la gente que, en realidad y con total mérito, ha hecho, hace y hará la historia de esta ciudad fluvial, capital del Perú.

7 | EL RÍO HABLADOR

El Rímac es un río perteneciente a la vertiente del Pacífico, en el que desemboca tras bañar las ciudades de Lima y de su puerto, el Callao, conjuntamente con el río Chillón, por el norte, y el río Lurín, por el sur.

Tiene una longitud de 160 kilómetros y una cuenca de 3 312 km², de la cual 2 237,2 km² son reconocidos ecológicamente como cuenca húmeda. Esta consta de 191 lagunas, de las cuales solamente 89 han sido estudiadas por la hidrografía.

El río Rímac inicia su recorrido en la vertiente occidental de la cordillera de los Andes, en el Nevado de Paca, a una altitud de aproximadamente 5 508 metros, y recorre las provincias de Lima y Huarochirí, ambas en el departamento de Lima. Entre los tributarios más importantes del Rímac, se hallan los ríos Santa Eulalia, San Mateo o Alto Rímac y el denominado "río Blanco".

El Rímac es solo "hablador" por una creencia errónea que ha pasado de generación en generación. Este accidente geográfico no dice nada, no habla una sola palabra ni profiere sonido articulado alguno. Debe su apodo de "hablador" y, es más, su nombre mismo, al espíritu protector y auspiciador ("demonio" en el lenguaje místico cristiano) llamado *Limaj* o *Rimaj* (que en lengua quechua ancestral significa entidad o sujeto que emite voz y palabras), que tenía sus casas o tambos más importantes en *Limajtampu* (los actuales distritos de San Borja, San Isidro y Lince, sedes de la remota urbe agraria de Guadca) y *Chinchaytampu* (la actual Plaza Italia y los Barrios Altos enteros como circunscripción espiritual y política); donde, además, se hallaba materializado en una piedra, según dicen los cronistas seguidos por historiadores como la doctora Rostworowski.



» Puente de Piedra, mirando hacia el Templo de San Lázaro y el jirón Trujillo (Fines del siglo XIX).

Ya el fraile agustino y cronista del siglo XVII Antonio de la Calancha cuenta que consultando al "cacique viejo de Surco y la Madalena", este le había aclarado que el valle y su río (es decir, el Rímac) debían su nombre no al accidente geográfico conocido sino, precisamente al "dios" adorado por "sus agüelos" de tiempo inmemorial.

El Rímac es un río ancho y estacionalmente caudaloso y peligroso. Su curso dejaba libres espacios que se asemejaban a verdaderas islas, donde crecían bambúes cholos o "quinchas" y anidaban garzas y huerequeques. Hasta hace poco más de sesenta años podía pescarse camarones en su lecho, y sus aguas eran cristalinas.

Antonio Suardo cuenta que en marzo de 1634, un presunto fenómeno El Niño hizo caer sobre la Ciudad de los Reyes un "aguacero" terrible, que estuvo acompañado del desborde furioso de las aguas rimenses. Tal parecía que el demonio *Limaj* había tomado venganza, usando el río al que se aplicó su nombre.

En 1577, 1623, 1695 y en diversos momentos del siglo XVIII, el río de Lima soportaría cambios en su curso natural debido a las obras de tajamares y demás construcciones realizadas para ayudar a contener el ímpetu de su torrente entre diciembre y abril, la temporada veraniega en los llanos rimenses (las *chalas* desérticas sobre las que se asienta este oasis que es la capital del Perú); que es época de lluvias en los pisos altos de nuestros Andes.

Es imposible, al igual que en el caso del cerro San Cristóbal, dejar de lado al río Rímac como símbolo o icono de la capital del Perú. Los planos de Lima dibujados a lo largo de casi quinientos años no dejan de mostrarlo dominante, terco, maltratado, leal a la ciudad española fundada a sus orillas y marcada por terrosos acantilados o barrancos, pero siempre nostálgica de aquella civilización de conciencia ecológica que bien supo aprovechar sus beneficios sin dañarlo ni depredarlo.

El río del demonio peruano Limaj, dio vida a muchos valles que permitieron la existencia de culturas que se elevan entre las más grandiosas del mundo: Lurigancho, Ate o Lati, Surco, Huatica, La Magdalena, Maranga y La Legua y Bocanegra o del Callao.

Su desembocadura significó el punto de llegada de virreyes, piratas, viajeros por miles de miles, flotas enemigas y amigas y, en remotos siglos, balsas y caballitos de totora de decenas de generaciones de pescadores, comerciantes y líderes de sociedades ancestrales que hicieron la historia de Lima, la Ciudad de los Reyes.

8 | EL PUENTE

Hay que dejar en claro que el puente de Lima puede hasta llegar a ser una especie de alegoría o figura literaria. En realidad, hubo más de un puente en la Lima antigua y durante la época virreinal.

Comencemos por mencionar a aquel que muchas generaciones locales conocieron como el "Puente de Palo", que no fue sino el sucesor de aquel hecho de crisnejas o sogas y que databa de épocas prehispánicas. Dicho puente conectaba al extremo occidental del sector asumido como el "damero de Pizarro" con la *chimba* u orilla opuesta del río Rímac: la parcialidad ocupada por los ayllus de pescadores de camarones, que durante el virreinato y buena parte de la época republicana moderna fue el pueblo de San Pedro, tutelado por la iglesia de Nuestra Señora de las Cabezas, una de las reliquias del patrimonio histórico perteneciente al actual distrito del Rímac. Hoy ese ancestral puente ha sido sustituido por el moderno puente Santa Rosa, inaugurado en 1960 por el entonces alcalde provincial de Lima, el señor García Ribeyro.

La Ciudad de los Reyes, de españoles, tenía sus propias necesidades de conexión con la mencionada *chimba* de Lima. Abajo el puente había surgido un poblado y parroquias de creciente importancia como las de San Lázaro, Guía o de los Descalzos, y era urgente construir un puente a la altura de las



» El Puente de Piedra, desde la plaza de armas hasta el jirón Trujillo, "abajo el puente". Toma de 1890. (Archivo Courret).

circunstancias vividas por una capital como la que el virreinato del Perú lucía hacia inicios del siglo XVII.

Fue entonces que el virrey marqués de Montesclaros tendió en 1610 un hermoso puente de seis ojos o arcos, en línea recta entre la Plaza de Armas por su lado oeste y los mencionados barrios de abajo del puente. Hecho de piedra de laja, dicho puente ha sobrevivido hasta nuestros días como símbolo de unidad entre ambas bandas del río, las mismas que integran el cuerpo urbano y moral de la capital peruana.

Gentes, animales, toneladas de productos y hasta tranvías y automóviles fueron y vinieron entre ambos puntos a lo largo de los últimos cuatrocientos años, y los sucesivos gobiernos municipales se preocuparon de reformarlo varias veces con el fin de mejorar su utilidad, no solo como salvador de distancias sino además como defensa de las cada año más recias arremetidas del torrente rimense.

De hecho, el puente de piedra sobre el río Rímac es el padre de otros que, durante los últimos 150 años han enlazado ambas orillas: el puente Balta (1870, obra del gobierno del presidente coronel José Balta), el de Ricardo Palma, asimismo inaugurado en 1960; y el denominado y posmoderno "Rayos de Sol", puesto en servicio en 2006: toda una secuencia arquitectónica y cultural a través de los siglos.

No esta demás anotar que, a la entrada del puente de piedra, existió desde los días del virrey Montesclaros un hermoso arco que finalmente se incendió en 1879 a causa de un horno mal apagado que existía en cierta panadería vecina. Tragedia arquitectónica que, sin embargo, se fechó erróneamente durante la ocupación chilena de nuestra ciudad (1882).

9 | LA ALAMEDA

La figura alegórica se repite como en el caso del puente. La alameda o paseo sembrado de álamos en Lima no fue una sola en el correr del tiempo, sino que fueron dos.

Una, la más conocida, que floreció hasta alcanzar la fachada del convento de los Descalzos, hacia 1610 y por iniciativa del virrey Montesclaros; y la otra, que surgió frente al Acho y su plaza de toros, inaugurada en 1768 por el virrey Amat, su arquitecto Agustín de Landaburu y el alcalde de primer voto de Lima, conde Montemar y Torreblanca.

La popularmente conocida como Alameda de los Descalzos fue reformada muchas veces durante los tres siglos de su existencia. La más destacable es aquella emprendida por el gobierno del mariscal Ramón Castilla, durante su segundo

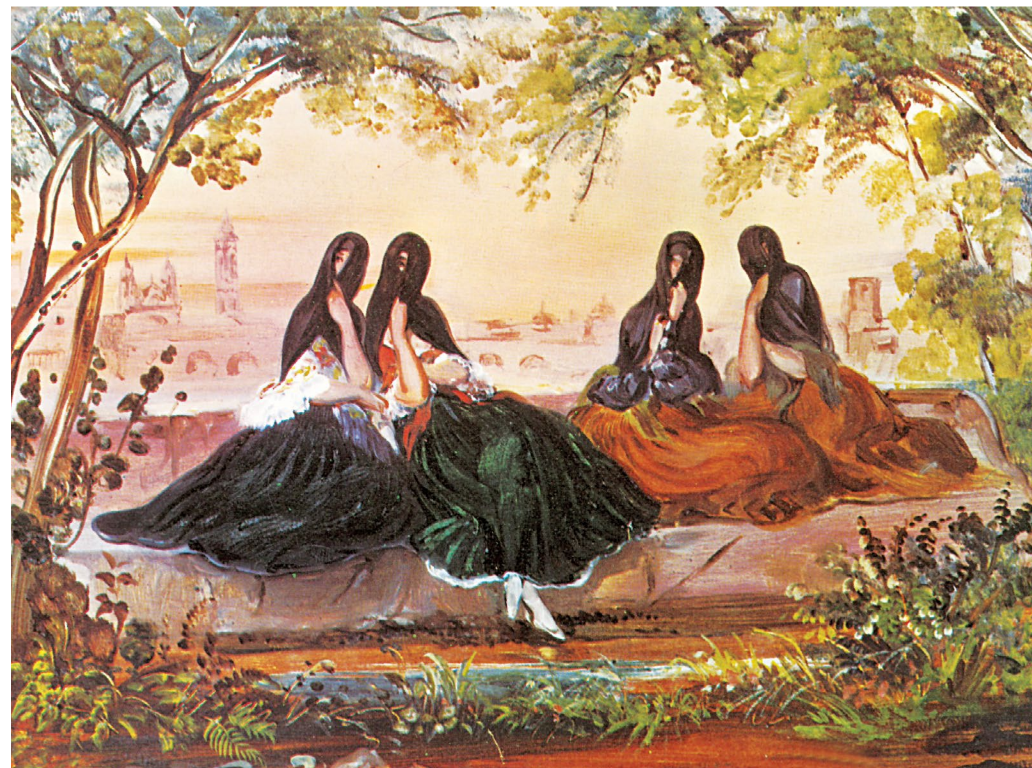
periodo presidencial (1856-1862). Hacia esos años, se dotó a dicho paseo de una ornamentación superlativa, importando de Europa obras escultóricas selectas, y empedrando la berma central de la alameda de mármoles y alabastros bajo la forma de jarrones, escudos, lunetas y estatuas de formato helenístico, clásico: toda una visión afectada del lujo puesto en moda durante aquella época de falaz riqueza procurada por el comercio del guano de las islas.

Lo más graneado de la sociedad de Lima acudía a disfrutar de aquellos ambientes, más campestres que urbanos, que remataban en los rocosos cerros de los alrededores, entre ellos el apodado "De las Ramas", escenario de la tradición de Palma "Don Dimas de la Tijereta" (1870).

No hay duda alguna de que la Alameda de los Descalzos se impone como símbolo de la cultura limeña tradicional reciente. La compositora Isabel (Chabuca) Granda (1920-1983), consagró a este espacio público republicano de recónditos orígenes virreinales, como uno de los temas centrales de su famosísimo vals *La Flor de la Canela*, junto con Victoria Angulo y el puente de piedra construido por el virrey Montesclaros.

Ahora bien, ¿qué hay acerca de la olvidada Alameda de Acho? Se entiende que fue uno de los focos sociales más concurridos y preferidos por la comunidad limeña entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX.

Dicha alameda, estaba respaldada por un amplio malecón que daba a los barrancos bajos de la margen derecha del río Rímac. Según Manuel Atanasio Fuentes, un periodista conocido como "El murciélago", estaba empedrada de laja y sus álamos alternaban con frondosos sauces llorones y eucaliptos. Su extremo oeste daba entrada a la plaza de Acho y desde su malecón se podía contemplar una vista panorámica horizontal de la vieja ciudad, erizada de cúpulas de iglesias y coloreada por los enrojecidos atardeceres veraniegos o los grises y espesos amaneceres del invierno brumoso.



» Ineludibles tapadas posando en la Alameda Vieja o de Acho para Rugendas. Al fondo, el puente y la torre de Santo Domingo.

Debe tomarse como un símbolo ya inmaterial, este malecón desvanecido del recuerdo colectivo limeño: sus espacios se encuentran ocupados actualmente por vías que conducen al actual distrito de San Juan de Lurigancho, una realidad agresiva y confusa que hace contraste con el apacible y callado entorno rural que durante siglos le rodeó y le dio razón de ser.

10 | EL PASEO DE AGUAS

Se trata de una frustrada imitación de la Piazza Navona, en Roma, antiguo emplazamiento del Stadium de Domiciano y que fue evolucionando especialmente entre los siglos XII y XVII, con grupos escultóricos como la Fontana de los Cuatro Ríos y su Neptuno Central. El virrey Amat, amante de la arquitectura clásica, quiso trasplantar aquella estructura de la antigua Roma a las tierras pantanosas de las huertas de San Lorenzo y Otero, que rodeaban a los barrios más orientales de abajo el puente del río Rímac. Entre 1770 y 1776, encargó al arquitecto y propietario limeño Agustín de Landaburu, que ya había destacado como diseñador de la plaza de Acho (y su mirador veneciano que hasta ahora existe) la obra de un paseo regado por aguas manantiales extraídas del mismo lecho del río, donde florecían tilos, álamos y eucaliptos, como una especie de complemento de la vecina Alameda de los Descalzos. Dicho parque o paseo estaba rematado por una arconada de seis ojos o arcos de medio punto en cuyo centro destacaba una cascada de flujo permanente. La estructura está coronada por almenas moriscas estilizadas en forma de puntas romas que dan un aspecto bastante peculiar al conjunto arquitectónico.

Si bien la obra no fue concluida según los planos y planes originales ideados tanto por el virrey como por el citado arquitecto Landaburu, sus espacios fueron muy concurridos por visitantes que llegaban hacia ellos en calesas o acémilas. La ironía limeña la apodó “La Navona”, a manera de burla por querer copiar frustradamente la grandiosidad del monumento romano.

Sin embargo, con el tiempo, el Paseo de Aguas del Rímac se convirtió en un referente para la ciudad, y en icono de su simbolismo arquitectónico, tan dispar y original a la vez. Antiguo vecino de la casa de la archifamosa Micaela Villegas, “La Perricholi”, y hoy de un complejo industrial embotellador, nuestro Paseo de Aguas sirve de punto de encuentro de todas las sangres que integran el ser colectivo limeño de nuestro tiempo, sin lugar a duda.



» Calesas circulando por el Paseo de Aguas hacia 1830.

11 | ACEQUIAS DE LIMA

La Ciudad de los Reyes heredó de la Lima ancestral un sistema de regadío completo y complejo, consistente en una red de acequias (*rarcas* en quechua) cuya administración estaba a cargo del Taulichusco, bautizado como don Gonzalo por los fundadores de la villa española.



» Caudal de la acequia de la Ciudad o Huatica en la década de 1920. El cerro San Cristóbal da sombra al curso del ancestral río de Lima, por la calle de las Carrozas.

Estas acequias regaban y fertilizaban las chacras y huertas cultivadas por los antiguos, que fueron sucedidos por los colonizadores de este valle, quienes a su vez lo convirtieron en un conjunto armónico y a la vez conflictivo de haciendas y pueblos que marcaron las pautas de la historia agraria de nuestra capital entre los siglos XVI y XX.

Esas acequias eran las siguientes:

a. **De la Ciudad o Huatica,** que atravesaba el santuario limeño amurallado desde 1687, como se sabe, entre el lecho del río, los jirones Amazonas y Andahuaylas en su intersección con la actual vía expresa Grau (la vieja portada de Santa Catalina); y se proyectaba a los viejos campos del valle de Huatica, donde surgieron las haciendas de Gárate o La Victoria, Matute, Balconcillo, Huerta de Mendoza, Santa Beatriz, Lince, Lobatón, San Isidro, Orrantia y Santa Cruz. Es decir, en términos actuales, las circunscripciones distritales del Cercado de Lima, La Victoria, Lince, San Isidro y Miraflores. Una extensa red de acequias derivadas del cauce principal de Huatica, proveía de agua a la vieja ciudad.

b. **De La Magdalena, Maranga y La Legua,** que partía de dos tomas: la más antigua y original de ellas, denominada de Santo Domingo, pues se hallaba ubicada a espaldas de dicho convento, las hoy instalaciones del colegio Santo Tomás de Aquino; y su acequia madre o principal corría hacia el oeste y el suroeste, creando tres valles a partir de sus tomas apodadas “Cuatro Bocas” y “La Tabla”, que dio fertilidad a haciendas como Hornillo, Conde de la Vega, Conde de las Torres, Puente, La Legua, Chacra de Ríos, Chacra Colorada, Molino de Gato, Lazo, Mirones, Aramburú, Pando, Palomino, Concha, Maranga, San Miguel, Orbea, Cueva, Colmenares, Azcona, entre otras tantas que hoy significa el espacio metropolitano de los distritos del Cercado, Breña, Magdalena Vieja (Pueblo Libre), Magdalena del Mar, San Miguel y Jesús María.

c. **La otra toma, apodada Santa Rosa,** es más reciente, pues se la comenzó a usar durante el siglo XVIII. Su ubicación se puede determinar en los rieles del tren que pasan por debajo del puente Santa Rosa, inaugurado en 1960 en reemplazo del ancestral puente de Crisnejas, luego conocido como Puente de Palo.



» Acequia derivada del Huatica pasando por la calle de la Ribera, fachada del viejo Palacio de Gobierno, en 1860.

Es necesario destacar que los símbolos de Lima, como universo capitalino, van más allá del casco urbano de la Ciudad de los Reyes, limitado por las murallas y la memoria colectiva que lo asocia a un espacio reducido, cuando en realidad, Lima es un cosmos agrario y urbano a la vez. Una fascinante contradicción de la cual surge una especie de producto histórico y moral que nos compromete con las huacas, con las acequias, con las rancherías y casonas de un pasado ininterrumpido, sólido, rico en matices y entregado a los comentarios históricos más diversos, desde los más ligeros o fantasiosos hasta aquellos que se hallan apoyados sobre firmes bases documentales por medio de la investigación.

Lima fue, es y seguirá siendo —esencialmente— agua, tierra, adobe, quincha, cemento y alma de millones que nacieron o vinieron a consumar su destino sobre su generoso y entrañable suelo. Después de todo, esta, nuestra ciudad, nuestro hogar, es la patria; ya que ella está compuesta por la tierra, por sus símbolos, por sus muertos... y por su inolvidable recuerdo.



FUENTES

» **ALIAGA ALIAGA, Jessica**
2006 "Simbolos del poder en Lima: el escudo de armas, el pendón real y los arcos triunfantes". En Laura Gutiérrez Arbulú (comp.), *Lima en el siglo XVI*. Lima: Instituto Riva-Agüero.

» **BENVENUTO MURRIETA, Pedro**
2003 *Quince plazuelas, una alameda y un callejón: Lima en los años de 1884 a 1887: fragmentos de una reconstrucción basada en la tradición oral*. Lima: Universidad del Pacífico.

» **BROMLEY, Juan**
1927 *El Estandarte Real de la Ciudad de los Reyes. Contribución a la historia de la Lima Colonial*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

» **CALANCHA, Fray Antonio de la, O.S.A.**
1974 *Crónica moralizada*. Edición de Ignacio Prado Pastor. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

» **CIEZA DE LEÓN, Pedro**
1984 *Crónica del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

» **COBO, Bernabé, S.J.**
1882 *Historia de la fundación de Lima*. Lima: Imprenta Liberal.

» **DEL BUSTO DUTHURBURU, José Antonio**
2001 *Pizarro*. Lima: Ediciones Copé / Petro Perú, I.

» **FLORES-ZÚÑIGA, Fernando**
2008-2009 *Haciendas y Pueblos de Lima. Historia del valle del Rímac*, 2 vols. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú / Municipalidad Metropolitana de Lima.

» **FLUVIÁ, Armand de**
1982 *Diccionari general d'heràldica*. Editorial EDHASA, Barcelona.

» **SANTO TOMÁS, Fray Domingo de**
1560 *Lexicón, o vocabulario de la lengua general del Perú*. Valladolid: Francisco Fernández de Córdova.

» **FUENTES, Manuel Atanasio**
1878 *Estadística de la población de la provincia de Lima, tomada en el período comprendido de 1873 a 1877*. Lima: Imprenta del Estado.

» **GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego, S.J.**
1608 *Vocabvlario de la lengva general de todo el Perv llamada lengua qquichua o del Inca*. Lima: Francisco del Canto.

» **GÜNTHER DOERING, Juan**
1983 *Planos de Lima*. Lima: Municipalidad Provincial de Lima / Ediciones Copé, Petro Perú.

» **HARTH TERRÉ, Emilio**
1928 *El escudo de armas de la Ciudad de los Reyes*. Lima: Municipalidad Provincial de Lima.

» **LOHMANN VILLENA y Juan Günther Doering**
1992 *Lima*. Madrid: MAPFRE.

» **MUGABURU, Josephe y Francisco (hijo)**
1935 *Diario de Lima*. Lima: Municipalidad Provincial de Lima.

» **PALMA, Ricardo**
1952 *Tradiciones peruanas*. Madrid: Espasa Calpe.

» **PIZARRO, Pedro**
1978 [1571] *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

» **PORRAS BARRENECHEA, Raúl**
1935 *Pequeña antología de Lima*. Madrid: Talleres Tipográficos de Galo Sáez.

» **RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la**
1953 *La Historia en el Perú*. Madrid: Espasa Calpe.

» **ROSTWOROWSKI, María**
1978 *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

» **RUIZ LLANOS, F.**
1962 "El Estandarte que el Perú obsequió a San Martín era el Estandarte Real". *La Prensa* (Buenos Aires) 8 de abril.

» **SUARDO, JUAN ANTONIO**
1936 *Diario de Lima*. Lima: Universidad Católica del Perú, Instituto de Investigaciones Históricas.

» **ORTEMBERG, PABLO**
2009 "La entrada de José de San Martín en Lima y la proclamación del 28 de julio: la negociación simbólica de la transición". Revista *Histórica* Vol XXXIII No. 2: 65 – 108.

» **TORRES SALDAMANDO, ENRIQUE**
1888 *Libro primero de cabildos de Lima*. Paris: Paul Dupont



ÍNDICE Y PROCEDENCIA DE LAS IMÁGENES

1. PASEO DE LOS ALCALDES
Acuarela de Pancho Fierro. *Acuarelas de Pancho Fierro*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima / Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, 2007. **6**

2. VISTA ARQUITECTURA DEL SANTUARIO ARQUEOLÓGICO DE PACHACAMAC, 1943.
DIRAF-FAP **8**

3. HUACA TRES PALOS
Juan Günther. *Memorias de Lima. De haciendas a pueblos y distritos*. Lima: Ediciones Círculo Polar, 2012, p. 38. **11**

4. ESTANDARTE DE LIMA
Ilustración de Úrsula Alvarado. **21**

5. ESCUDO DE LA CIUDAD DE LIMA, 1537
Enrique Torres Saldamando. *Libro primero de Cabildos de Lima*. *Parte Tercera*. Documentos. París: Paul Dupont, 1888, p. 4. **23**

6. LIMA EN 1535
Juan Günther. *Memorias de Lima. De haciendas a pueblos y distritos*. *Lima*: Ediciones Círculo Polar, 2012, p. 80. **24**

7. EL CURACA TAULICHUSCO
Óleo de Milner Cajahuaringa. Pinacoteca Municipal Ignacio Merino. **26**

8. FRANCISCO PIZARRO
http://cavb.blogspot.pe/ **27**

9. PLAZA DE ARMAS DE LOS REYES, 1615
Dibujo de Felipe Huamán Poma de Ayala. Juan Günther. *Memorias de Lima. De haciendas a pueblos y distritos*. Lima: Ediciones Círculo Polar, 2012. **31**

10. **Un sereno, 1812**
Acuarela de Pancho Fierro. *Acuarelas de Pancho Fierro*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima / Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, 2007, p. 161. **33**

11. **Calle de San Pedro y balcones de la casona de Torre Tagle**
Luis Enrique Sifuentes de la Cruz, *Las murallas de Lima en el proceso histórico del Perú. Ensayo acerca de la historia y evolución urbana de la ciudad de Lima entre los siglos XVII y XIX*. Lima: CONCYTEC, 2004, p. 258. **37**

12. **Catedral de Lima después del terremoto de 1746**
http://www.skyscrapercity.com/showthread.php?t=1177557&page=5 **40**

13. **Vendedora de fruta, 1820**
Acuarela de Pancho Fierro. *Acuarelas de Pancho Fierro*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima / Pinacoteca Municipal Ignacio Merino, 2007, p. 128. **43**

14. **Plaza del mercado de la Inquisición**
Pintura de Juan Mauricio Rugendas. *El Perú Romántico del siglo XIX*. Lima: Milla Batres, 1975, p. 162, lámina 73. **44**

15. **Plano de la Ciudad de los Libres, 1821**
Juan Günther Doering, *Planos de Lima*. Lima: Municipalidad Provincial de Lima / Ediciones Copé / Petroperú, 1983, plano 8. **49**

16. **Cerro San Cristóbal, 1881**
H. Andrés Herrera Cornejo, *Álbum fotográfico del Rímac*. Lima: Instituto Fotográfico Courret, s.f., p. s. n. **58**

17. **Lima vista desde la cumbre del cerro San Cristóbal, 1900**
H. Andrés Herrera Cornejo, *Álbum fotográfico del Rímac*. Lima: Instituto Fotográfico Courret, s.f., p. s. n. **61**

18. **Puente de Piedra mirando hacia San Lázaro, fines del siglo XIX**
H. Andrés Herrera Cornejo, *Álbum fotográfico del Rímac*. Lima: Instituto Fotográfico Courret, s.f., p. s. n. **65**

19. **Puente de Piedra**
H. Andrés Herrera Cornejo, *Álbum fotográfico del Rímac*. Lima: Instituto Fotográfico Courret, s.f., p. s. n. **68**

20. **Tapadas en la Alameda Vieja o de Acho**
Pintura de Juan Mauricio Rugendas. *El Perú Romántico del siglo XIX*. Lima: Milla Batres, 1975, p.144, lámina 66. **71**

21. **Paseo de Aguas, 1830**
H. Andrés Herrera Cornejo, *Álbum fotográfico del Rímac*. Lima: Instituto Fotográfico Courret, s.f., p. s. n. **73**

22. **Acequia de Huatica y San Cristóbal, años veinte**
Fernando Flores-Zúñiga, *Haciendas y Pueblos de Lima. Historia del valle de Lima. Valle de Huatica: Cercado de Lima, La Victoria, Lince y San Isidro*, I. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú / Municipalidad Metropolitana de Lima, 2008, portada. **74**

23. **Acequia derivada del río Huatica en la plaza de armas**
Juan Günther. Memorias de Lima. *De haciendas a pueblos y distritos*. Lima: Ediciones Círculo Polar, 2012, p. 51. **76**

La Municipalidad Metropolitana de Lima lanza su serie MUNI **LIBRO** con una publicación que nos cuenta de manera simple y amena, anécdotas y datos curiosos de una ciudad que tiene mucho que contar.

Puentes, alamedas, un venerable cerro, acequias y murallas de tiempos pasados, y un vistoso y elocuente escudo, retan a nuestra imaginación a lo largo del libro invitándonos a descubrir, a detenernos en detalles, y a conocer el por wqué de mucho de lo que vemos a diario.

LIMA Símbolos de la Ciudad de los Reyes está dirigido a quienes, habiendo o no nacido en esta ciudad, se ven ligados a ella, pues el alma de Lima vive en todos.

GC GERENCIA DE CULTURA PARA LIMA

Construyendo